

BUEN HUMOR



En el oasis

Dib. ZAMORA. — París.

LA MONA. — ¿Pero de qué presume tanto ese avestruz?
EL MONO. — Debe de ser desde que vive de la pluma...

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

En la calle de Bailén espera un individuo la llegada del tranvía. Otro se acerca y le pregunta:

— ¿Es aquí la parada?

EL INTERESADO (señalando la plaza de la Armería). — No, señor, es ahí enfrente.

JUSTO BODEGA.

— ¿Cuál sería la huelga de brazos caídos que más desgracias ocasionaría?

— La de las niñeras, porque dejarían caer a los niños.

RAFAEL G. GIL DE AVALLE. — Madrid.

— Di, monín, tu padre, ¿no trabaja?

— Sí, señor. Está intentando entrar en una casa de Banca.

— ¿Por recomendación?...

— No, señor. Por la alcantarilla.

HERNANDO M. — Madrid.

Dos amigos viajan en un vagón del ferrocarril. Al pasar por un túnel le dice uno de ellos al otro:

— ¿En qué se parece este túnel a tu país?

— No sé.

— Pues en que por este túnel no entra claridad.

— ¿Y en mi país?...

Cantando:

— En tu país, no hay luz...

RAFAEL G. GIL DE AVALLE. — Madrid.

— ¿Por qué decimos auto en vez de automóvil?

— Por economía. Así nos ahorramos los diez del móvil.

K-MELO. — Madrid.

— ¿Por qué tienen las mujeres las pantorrillas más gordas que los hombres?

— Pues porque tienen pantorrilla y... media.

ANTONIO CURA. — Melilla.

— En mi vida me he visto más apurado que una vez que me caí a un pozo. ¡El agua me llegaba a los tobillos!

— ¡Hombre, pues no veo el apuro!

— Si; es que me caí de cabeza.

E. L. y C. T. — Madrid.

En un examen de electricidad.

— ¿Qué es un imán?

— Pues un aparato en forma de herradura que se las trae.

DON GUASA. — Madrid.

— ¿En qué se parece un paraguas de un niño a una percha?

— Pues en que el paraguas del niño es paragüitas, y la percha es para-güitos.

JACINTO ESTEBAN. — Aranjuez.

Entre amigas.

— ¿No juegas ya a la ruleta?

— Abandoné ese juego, porque me resultaba muy engañoso.

— ¿Por qué?

— Porque no es sin-cero.

KRISTÓFANO. — Santander.

El premio del número anterior ha correspondido a **R. Mondragón del Río, de Barcelona.**

En estos días es cuando más indicado está el uso

de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

de

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de agosto.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el último sorteo del próximo septiembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

12. — Pierdetiempistas, ¿os gusta la solución?

TENORIO BARREÑO

15. — Llaga.

— ¡Pobre *tercia-prima*!
— ¿Qué le pasa al bueno del sacristán?

— Se dió el día de la patrona del pueblo un atracón de *dos-tercia*, y hoy le han viaticado.

— No es el primer caso. De *todo* por ingestión de *dos-tres* la *diñan* muchos de su oficio.

CUPÓN
correspondiente al número 38
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de septiembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de agosto, insertos en esta

13. — Cuestión de aplicaciones.

HENO DE PRAVIA =
= H1500 CAFRE
SOLUCIÓN A LA CHARADA
2
COSTADO DE UNA TROPA
AMERICANA,
CHALECO, PANTALÓN

16. — Anatómica.

AGAPITO LINARES
Tasador autorizado de alhajas
y
secretario del Círculo Tradicionalista.
Salud, 120. Madrid.

página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 17 de septiembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

14. — Distrito cuyo diputado no habla... ¡ni por casualidad!

EXTREMO RAN DEL ZAPATO

17. — Fuerza armada.

— ¿Qué te dijo *segunda-segunda*?
— Que aunque la *segunda-tercia*, no pone el papel *tercia-prima*.

— Entonces, *tercia*. En esta cuartilla dibujarás bien.

— Veré si puedo. Se trata de una caricatura para el nuevo *todo* de señoritas que se organizará en la Policía.

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de agosto.



Si quiere usted experimentar una sensación agradable á la par que higiénica, fricciónese después del "sport"

con

**AGUA DE
COLONIA AÑEJA**

Frasco, 2,50

Perfumería Gal

MADRID

MUY FEMENINO



He perdido la cuenta de las veces que mi augusto hijo se ha visto en graves aprietos por haber enamorado a mujeres comprometidas que se le fingieron sin compromiso — dijo indignado el emperador de todas las Khanardias —. Pues bien: para evitar la repetición de estos lances y para prevenir engaños de las hembras y errores de los galanes, vais a traerme mañana mismo una pragmática que obligue a todas las mujeres al uso de un distintivo ostensible que acredite su estado de soltería, conyugal, de viudez, de simple prometida o de des-cocada comprometida...

— Señor... — osó replicar el canciller.

— Esa pragmática será bendecida por mis súbditos sin distinción de sexos; se han puesto las modas de tal modo, que muchas damas honestas parecen cocotas, y no pocas cocotas parecen damas honestas... Comprended que a hombres y a mujeres interesa evitar confusiones...

— Permitidme asustarme de esa pragmática — dijo el gran canciller.

— ¿Por qué? — preguntó estupefacto el emperador.

— Porque obligaría a confesar lo que más oculto quieren guardar muchas mujeres aficionadas a hacerse pasar por solteras, y no pocas solteras a quienes puede convenir fingirse casadas... Se rebelarían casi todas... Y hasta es posible que capitaneasen la rebelión algunos partidarios del amor libre, pues de algunos sé yo que se avergüenzan de confesar

que no es su esposa la compañera de su vida...

— Entonces — preguntó áspicamente el emperador —, ¿no halláis solución?

— El peligro de esa pragmática estriba en los precedentes: cuantas disposiciones se adoptaron en otro tiempo en materias suntuarias obedecieron a la relajación de la moral femenina... Las más abundantes fueron siempre las que reglamentaban el modo de vestir y las señas infamantes con que habían de distinguirse las pródigas de su belleza y las avaras de su honestidad...

— Por lo visto, no es una novedad que las damas honestas vistan

como cocotas... Pues, aunque así sea, quiero que eso no vuelva a repetirse en mis Estados.

— Se hará vuestra augusta voluntad, señor. Precisamente, hubo en nuestro país, en tiempos remotísimos, la costumbre de que las mujeres, según su estado civil, llevasen un brazalete especial en la diestra mano o en la siniestra... Invocaremos la santa tradición origen de tal costumbre, y vuestro pueblo, amante de sus tradiciones, no recelará de la pragmática... Además, el imperial mandato sólo obligará al uso de un distintivo a las mujeres comprometidas en amores de cualquier índole, sin especificar-

la. Quiero decir, que una misma divisa cuadrará a las casadas, a las prometidas y a las comprometidas, sin designar un estado civil... Con esto, y con declarar la nación en estado de guerra, vuestra imperial voluntad será servida...

Pocos días después, la pragmática se promulgaba...

¿Sus efectos?... ¿Su eficacia?...

Vedlos aquí en un recorte de *El Kanard*, el diario de más circulación y de mayor crédito en el imperio de todas las Khanardias. Dice así:

«La ley de los alquileras. Con esta gráfica denominación, quizás nacida en labios principescos, ha bautizado nuestro pueblo la flamante ley que entró en vigencia en la mañana de hoy, cuyos comienzos, por cierto, fueron realmente pavorosos.

»El gran capitán de nuestro ejército había publicado un bando conminando,



Dib. SILENO. — Madrid.



PRETENSION JUSTA

Dib. ALCALÁ DEL OLMO. — Madrid.

LA GALLINA. — ¡Como no me lo pagues a razón de cuatro pesetas docena, no lo pongo!

con instantánea y terrible expiación a cuantos se rebelasen contra la imperial pragmática. Numerosas tropas acampadas en la ciudad; la artillería dominando los puntos estratégicos; regimientos completos de Caballería con los sables desenvainados ocupaban las principales vías; las compañías de la Guardia ciudadana, los pelotones de guardas de la comunidad, que patrullaban por todas partes con semblante hosco y el máuser terciado; el pavimento enarenado; los mangueros de la imperial villa y

corte prevenidos manga al brazo; los empleados de la limpieza pública armados de terroríficas escobas; los graves rumores que de boca en boca anunciaban inminentes disturbios, la posibilidad de cuyo acaecimiento hacía temer precisamente todo aquel alarde de fuerza y de miedo del Poder público, inducían a esperar una de las jornadas más sangrientas de nuestra historia.

»Sin embargo, la jornada acabó grotescamente para quienes la provocaron con su absurda disposición.

»El gran capitán se equivocó completamente al sospechar que el sexo femenino se rebela con idénticas armas y con la misma e irracional valentía que el sexo masculino.

»Las mujeres, más astutas que los hombres, saben que casi siempre la pasividad es más demoledora que la violencia, y sin gritos sediciosos, sin inútiles derramamientos de sangre, han matado la nueva ley, oponiendo a la fuerza de lo trágico con que las autoridades supremas las provocaban, la omnipotencia irresistible de lo ridículo. Véase si no.

»Como el legislador sólo ha ordenado la forma de la insignia que han de usar las mujeres comprometidas, y ha dejado al arbitrio y al buen gusto de cada cual los materiales con que ha de confeccionarse y el sitio donde hayan de llevarla, en siendo muy visible, hemos admirado *alquilas* que eran verdaderas preciosidades, y algunas costosísimas y deslumbradoras alhajas.

»En la concurridísima joyería... (aquí el nombre de un establecimiento) los hemos visto... (ahora una explosión de adjetivos encomiásticos a tanto la línea). (Siguen los reclamos.)

»Mediado el día, no fué escasa nuestra sorpresa al observar que la mayoría de las mujeres realzaba su espléndida belleza con la gala del *alquila*.

»Nunca supusimos que hubiese tantas mujeres alquiladas; queremos decir, comprometidas.

»Pero a media tarde, que, por ser día festivo, estaban las calles atestadas de gente, nuestra extrañeza trocóse en estupefacción. Solamente vimos sin su correspondiente emblema tres mujeres.

»Esto, al significar que todas, menos tres, se hallaban comprometidas, despertó en nosotros lógica alarma. Si las estadísticas no mienten y las mujeres están en mayoría respecto de los hombres en la proporción de siete por uno, el uso general del *alquila* no hablaba muy bien de la moralidad masculina y hacía dudar de la femenina.

»Para averiguar la causa de este incomprensible fenómeno, efectuamos una rápida y brevísima encuesta.

»El primer paso que dimos fué para asombro nuestro. Las tres úni-

cas mujeres que vimos sin la enseñanza... ¡eran casadas! Al preguntarles por qué infringían la nueva ley, nos dijeron:

»UNA. — Para distinguirme de las demás mujeres, ¡aunque me cueste la vida!...

»OTRA. — Por consejo de mi marido... Así nos hemos hecho la ilusión de ser libres hoy... En diez años de matrimonio, ha sido hoy el día más feliz...

»OTRA. — Por llevar siempre la contraria...

»Después, recobrados de nuestra sorpresa, dirigimos a todas las que vimos con su correspondiente divisa esta pregunta:

— ¿Por qué usa usted el *alquila*?

»He aquí las respuestas más interesantes:

»UNA CASADA, EN LA LUNA DE MIEL. ¿Cómo no? Por la misma razón que un teniente acabado de salir de la Academia no se despojaría de su uniforme ni para dormir: por la vanidad de la profesión recién adquirida...

»OTRA RECIÉN CASADA. — Para dar envidia a las que se quedan para vestir santos.

»UNA CASADA AÑEJA. — Porque es el único modo de convencerme de que tengo marido.

»UNA VIUDA MUY COMPROMETIDA. — Para reirme de cada uno de ellos, que me creará llevándolo por él mismo.

»UNA VIUDA LIBRE. — Para que los hombres me crean comprometida y sea más eficaz y más provocativo el gancho que por mi estado me corresponde...

»UNA ESTRELLA ERRANTE. — Porque, pareciendo casada, gana mucho más dinero mi empresario monsieur Alfonse....

»UNA SOLTERA SIN NOVIO. — Porque favorece mucho...

»OTRA ÍDEM. — Por no confesar que nadie me dice: «Por ahí te pudras.»

»OTRA SOLTERA SIN COMPROMISO. — ¡Qué sé yo! Porque lo llevan todas. Por seguir la moda...

»OTRA ÍDEM MÍSTICA Y MUY FEA. — Para evitar que los hombres me asedien por la calle y no caer en tentaciones...

»OTRA SOLTERA RECIÉN REGAÑADA CON SU NOVIO. — Pa darle achares a él. ¡Pa que rabie él, creyendo que lo llevo por otro!...

E. GONZÁLEZ FIOLE

CINEMÁTICAS

¿Quién engaña a quién?

Encontrábase en Buenos Aires ese maravilloso artista Santiago Rusiñol, que, como ustedes saben, además de gran autor es un pintor notabilísimo, cuando acertó a pasar por delante de la mejor peletería que hay en la capital del Plata.

Rusiñol, que era amigo del dueño, catalán también, entró a saludarle, y estuvieron un rato de charla recordando las cosas de su patria chica.

De pronto Rusiñol fijóse en un magnífico juego de piel marcado con el precio de cinco mil pesetas.

— Bonitas pieles — dijo D. Santiago —; si no fueran tan caras, me las llevaba.

— Todo puede arreglarse — agregó el comerciante —; yo he visto entre los cuadros que ha venido usted a exponer uno que representa una vista de Gerona, y en el fondo aparece la casa en que nació. ¿Cuánto pide usted por su cuadro?

— Cinco mil pesetas — respondió sin vacilar el artista.

— Pues si usted quiere, le cambio las pieles que tanto le gustan por el cuadro.

— Hecho.

Y al día siguiente Rusiñol tenía en su poder las pieles y el comerciante el anhelado cuadro.

Pasaron unos cuantos días y se encontraron en la calle el explotador de *martas y renares* y el famoso autor de *El pueblo gris*.

Saludáronse efusivamente, hablaron de cosas indiferentes, y momentos antes de separarse, el comerciante le dijo misteriosamente a Rusiñol:

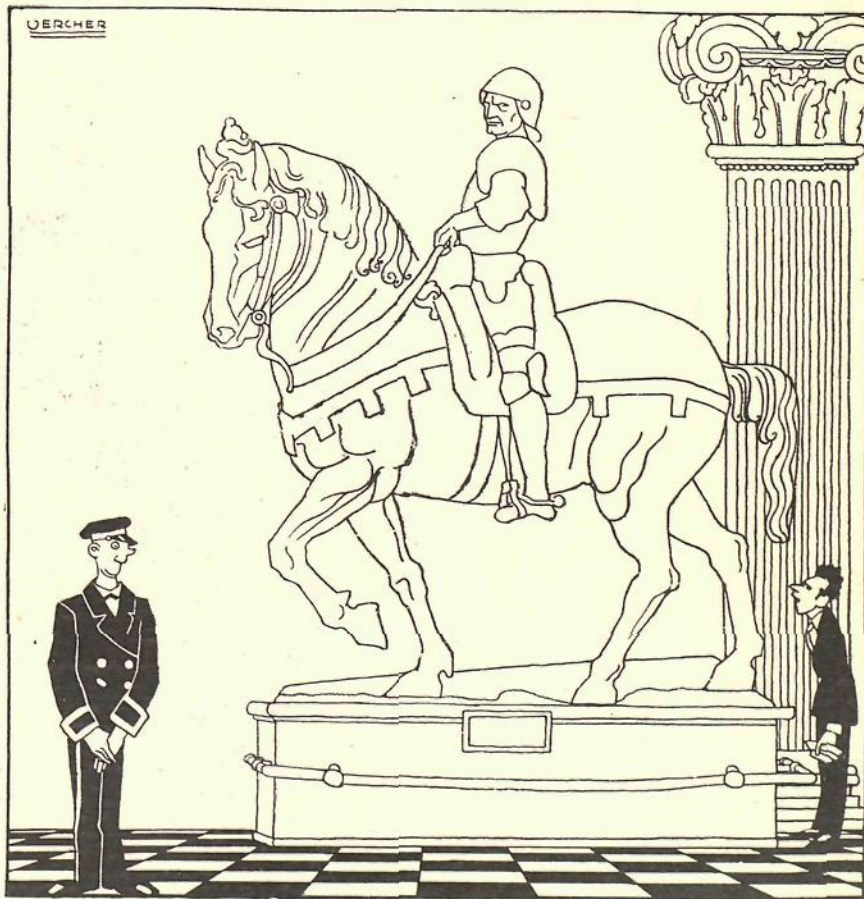
— Amigo D. Santiago, tengo sobre mi conciencia el engaño de que le he hecho a usted víctima.

— ¿Qué engaño?

— El del cambio del otro día: las pieles que usted se llevó no valen cinco mil pesetas.

— No se apure usted, hombre — replicó riendo el autor de *El místico* —, porque el cuadro tampoco las vale; ahora, que nos conviene a los dos seguir guardando el secreto.

JUAN DE LA CHÁCENA.



LOS ROBOS EN LOS MUSEOS

Dib. VERCHER. — Valencia.

— Hace media hora que está mirando la estatua. Procuraré no perderle de vista, por si acaso.

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado.

XX

Muchas veces habrán oído ustedes decir que Montmartre es el barrio más alegre de París. Créanlo a pies juntillas: primero, porque es verdad, y segundo, porque lo digo yo, que soy uno de los hombres más serios con que España tiene la inmensa fortuna de contar en la actualidad.

En Montmartre hay *cabarets* lujosísimos, teatros divertidísimos, bailes animadísimos y restaurantes carísimos. Nada hay comparable a una velada en *La Cigale*, en la *Gaité-Rochecouart* o en el *Cabaret des Quat'z-Arts*, al lado de una botella de *champagne* completamente llena y de una *made-moiselle* de buen corazón y también bastante llenita (¡que las hay!).

Claro es que la honradez del cronista, que sólo se ha propuesto decir la verdad, caiga quien caiga, me obliga a reconocer que Montmartre no es exclusivamente eso: en Montmartre abundan los lugares de esparcimiento bullicioso, porque los juerguistas (lo mismo en París que en Madrid) huyen del centro de la población para que no se les vea hacer el burro, ni sus amistades puedan llevar la cuenta de las *curdas* que agarran y de las veces que, en brazos del vicio, desolados, se abandonan; pero por veinte o treinta lugares de perdición que hayan abierto sus puertas a los placeres salomónicos, babilónicos y grecorromanos, hay en Montmartre mil restaurantes de a dos francos cubierto (especialidad para cocheros, *chauffeurs*, mozos de los mercados, cargadores del muelle y otros académicos de la lengua francesa), ochocientos cafés de a veinte céntimos la taza, centenares de tiendas de novedades *pour dames*, en las que se venden sombreros de plumas a cinco francos y medias de algodón a dos con quince, y una serie de *charcuteries* ante cuyas puertas pasan los gatos haciendo ¡ful!..., con el mismo gesto trágico y escamado con que la Historia nos pinta a los gironinos cuando miraban a la guillotina...

Montmartre es el barrio de París donde los inquilinos deben más dinero a los caseros. (Felices ellos..., ¡quién pudiera imitar su sabia conducta!). Montmartre es el barrio donde las mesas de los restaurantes económicos tienen manteles de papel de barba, y donde los *coiffeurs* afeitan con

agua fría... (y no han substituido el paño por otro papel de barba, seguramente para que no les hagan el chiste los graciosos de profesión del distrito). Y, finalmente, Montmartre es el único barrio parisense donde de vez en cuando se dan de moquetes las porteras y las vecinas, y se reparten algunos palos en los bares y en los *burettes* por discusiones de política o por rivalidades de oficio.

¡Creo que está más claro que la luz eléctrica de las Compañías madrileñas que Montmartre no es un barrio aristocrático, por lo cual deben ustedes desconfiar de todas las narraciones en que se pinte ese lugar como un mullido edén de huríes o como una escalera de pórfito que conduzca al Paraíso!

Montmartre es uno de los *paquetes* que le han metido los parisenses a Eu-

ropa entera para que mande allí a aflojar la mosca a sus representantes más preclaros, uno de los cuales es un servidor de ustedes, que la está aflojando de tal manera, que va a llevar a BUEN HUMOR a una quiebra tan vergonzosa como inevitable.

XXI

Como mi misión es hacer observaciones en París, lo mismo en los sitios suntuosos que en los modestos, con objeto de dar a mis crónicas esta amena heterogeneidad y este variado encanto que tan alto están colocando mi nombre en la literatura española, hoy no he tenido inconveniente en entrar a almorzar en un restaurante (*rue Ramey*, esquina a *rue Marcadet*; y marco el sitio para que, si van ustedes a París, me hagan el favor de no entrar en él: ¡peligro de muerte!...), restaurante que anunciaba pomposamente sus cubiertos con un ¡Llegó por fin la esperada baja de todos los platos, postres y vinos!

El camarero que me sirvió tenía un catarro de órdago a la grande; y aunque yo estoy en un plan de esplendidez que me ha hecho creer que en París no habría quien me tosiera, no tuve más remedio que confesarme que el *garçon* me iba a toser de firme. Y así fué... Pero, por desgracia, no fui yo solo el tosidito, sino todos los alimentos (¡vamos al decir!) que el pobre hombre me sirvió... Cada plato que traía era víctima de un huracán de estornudos que hacía mover las salsas y las sopas con un oleaje desenfrenado, proceloso, de galerna cantábrica...; y una de las veces, que era portador de una fuente con peces del Marne fritos (manjar que ha tenido gran éxito en el interior de mi estómago, por lo que lo repito frecuentemente), fué tan horrenda la explosión de tos, que se dió el caso de ver veinte peces, que de vivos nadan, salir volando después de muertos...

¡Entonces comprendí claramente el anuncio fanfarrón que hablaba de la baja de todos los platos...; pues un restaurante donde los peces están por los suelos, tiene motivo sobrado para encomiar su baratura!

No hay que decir qué rogué al camarero que dejase a los peces en el lugar donde habían desembarcado, y al mismo tiempo le pedí una chuleta de *mouton* para consolarme de la pérdida de los



UN ASPECTO DE MONTMARTRE

Aquí tienen ustedes a la colina sagrada, encima de cuya cima se alza, o, mejor dicho, se alzó hace bastantes años la monumental basilica del Sacré-Cœur, que, a pesar de la edad que tiene, se conserva muy bien y con muy buen color. Lo que no ha hecho es crecer; pero como la estatura era ya magnífica en la época de su infancia, no se ha perdido nada con que se quede como estaba. La subida a la cúpula les cuesta cincuenta céntimos a los turistas; pero el descenso es completamente gratuito.

veinte bocadillos submarinos tan dramáticamente inutilizados... (¡Inutilizados para mí, se entiende; porque que esos pececitos se los ha comido un *mon-sieur* de la vecindad, es viejo y respetable!...)

Vino la chuleta de *mouton*; la ingerí previo un ejercicio dental que, si lo verifico en la pista de un circo, me gano la ovación padre, y en aquel instante se sentó en mi mesa un nuevo parroquiano, con el que trabé conversación a los cinco minutos y con el que hice amistad a la media hora.

Al decir a mi nuevo amigo lo duro que me había parecido el carnero en París, sonrió beatíficamente; pero, patriota como todos ellos, desvió la conversación para no *meterse* con el dueño del restaurante, y se puso a hablarme de lo mucho que le gustaban los perros. Añadió que él tenía un terranova precioso, al que llevaba siempre consigo a todas partes (menos al restaurante), y me preguntó si en España tenía la gente el mismo cariño y afición a los canes que en Francia.

— *Oui, monsieur!* — le dije —. Pero en España, y durante el verano, la hidrofobia causa estragos tremendos en los perros y en las personas. ¡Este año ha habido, sólo en Madrid, doscientas personas mordidas por perros!...

— ¡Entonces, ya sé por lo que usted ha pedido *mouton* en este restaurant!...

— ¿Por qué? — dije yo lívido.

— ¡Por venganza! ¡En este restaurant pasa lo contrario que en Madrid!... todos los días hay doscientos perros *mordidos* por personas!...

Queridos lectores: juro por mi salud (que por cierto está bastante quebrantada desde esta *comida*) que el relato que acabo de hacer es rigurosamente verídico. El solo hecho de dudarlos ustedes, me ofendería y me haría mucho más daño que me hizo el almuerzo susodicho...

XXII

Tan mal me sentí después de la espantosa revelación del amable comensal, que creí que no salía del trance y que me moría del todo antes de las nueve de la noche. Y como yo soy hombre previsor, me fui por mi pie al cementerio de Montmartre, con el fin de ahorrar a mi familia y a BUEN HUMOR lo más costoso de los gastos del entierro, que es el coche, los caballos, los palafreneros, las velas, las esquelas y demás zarandajas propias del acto. Como no me he muerto nunca, no tengo práctica en estas cosas; pero yo suponía que, yéndome a *diñarla* en medio de una necrópolis, no

me sacarían de ella para volverme a meter, sino que me buscarían un sitio cualquiera, aunque fuese en un rincón, para que durmiese mi último y tranquilo sueño.

Y pensado y hecho.

A la media hora entraba yo triunfalmente en el cementerio de Montmartre; pero todavía iba vivo y pude, por tanto, admirar el *local*, que es interesante y del mejor gusto.

Los cementerios de París se encuentran todos dentro del casco de la población y rodeados de calles, bulevares y paseos, lo que hace muy discutible lo de *la paz de los sepulcros*, y lo de *qué solos se quedan los muertos*, y demás frases usadas en España para indicar lo aburrido que es el estar en una sacramental de las nuestras. En París, no. En París da gusto morir, porque sigue uno viviendo en el centro de la capital y disfrutando de la animación de sus calles. Mientras yo recorría el cementerio, veía a una bellísima hija de familia

que, en la ventana de una casa de la *rue de Moistre*, sacudía una alfombra y cantaba el *Avec le sourire*, cuplé del autor del *Mon homme*, que pronto oiremos en Madrid. Y al mismo tiempo, y por el viaducto que atraviesa sobre el cementerio, cruzaban atestados los tranvías y los autos que iban y venían de Epinay, Saint-Denis y Enghien, y los viandantes y las *viandantas* que marchaban a sus trabajos o a sus juergas, o a las dos cosas a la vez; que en ocasiones en las juergas también hay que realizar trabajos penosos, que no siempre se estiman ni se pagan como es debido...

Este espectáculo tan variado y tan alegre, y la contemplación del cementerio (que trajo a mi memoria el del quinto acto de *Don Juan Tenorio*, tanto por la abundancia de estatuas y el mármol de Carrara de los panteones, como porque no me parecía un cementerio de verdad), lograron mejorarme de mi gravísima dolencia, y a los pocos minutos había desistido de morirme y dejaba mi fatal resolución para otro día...

Y cuando ya iba a abandonar el sagrado recinto, llamó mi atención un fantástico monumento con un busto del formidable Emilio Zola. (¡Esto va en serio, señores!)

Conmovido ante el maestro, cuyo estilo me esfuerzo en imitar (¡y bien se ve por mi prosa!), me puse de rodillas ante las piedras funerarias, y si no recé setenta oraciones de difuntos por el alma de Zola, que me confundan por embustero...

Recé, sí, con unción, con recogimiento, con constancia, con insistencia, con enorme pesadez... Recé hasta que me dolieron los riñones y se me durmieron las piernas... Y en aquel instante se me acercó una viuda que había estado rezando en otra tumba de la calle próxima, acera de la izquierda, y me dijo mirándome con lástima:

— *Oh monsieur! Vous êtes trompé! Les restes d'Emile Zola ont été transférés au Panthéon en 1908!!...*

— ¡¡Recontra!! *Au Panthéon!!...* ¡¡Es decir, al barrio latino, a diez kilómetros de aquí!!...

— *Oui, monsieur!...*

— Pues me va a dispensar don Emilio, pero se tiene que esperar unos días... y cuando buenamente pase por allí tendré el placer de rezarle!!... ¡¡De mi buena voluntad no puede dudar, porque me he estado una hora de rodillas y a sus pies, yo, que jamás delante de un hombre había inclinado mi alta cerviz hasta esta mañana!!...

Y después de este furioso desahogo (motivado por la indignación que me produjo *la plancha*),



LA ESCALERA DEL TEATRO DE LA ÓPERA

Esta prodigiosa escalera, en la que abundan los mármoles, los pórfidos, los bronceos, los relieves y los escalones, es con razón uno de los orgullos de los parisienses. Su valor es tal, que su construcción subió a cerca de un millón de francos, y es la primera vez en el mundo que una escalera ha subido tanto, pues lo lógico es que sea el público el que suba... Y así como en la basílica de Montmartre la subida cuesta dos reales, aquí no cuesta nada, siempre que se tenga billete para entrar a ver la función... Se dice que esta escalera se construyó con tanta ostentación para humillar a los aficionados a la ópera de Milán, que se tienen que contentar con una Scala, a la que, para mayor pobreza, le falta la e...

y dejando a la pobre viuda más muerta que viva, salí yo más vivo que muerto del cementerio de Montmartre.

¡¡Ah, París, ciudad de alegría, de encanto y de buen gusto..., hoy me la has dado con queso!!...

¡¡Tres días como éste, y me vuelvo con Sánchez Guerra!!...

ERNESTO POLO.

París. — Buvette des Cochers. — Agosto.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

Los tranvías restaurantes

He leído sin gran asombro la noticia de que existe una Empresa decidida a explotar un servicio de restaurante en los tranvías de Madrid; y digo sin gran asombro, porque me parece una medida, no sólo lógica, sino necesaria, consecuencia natural del estado de las líneas tranviarias de Madrid.

A nadie se le hubiera ocurrido poner un restaurante en el Metro. Un corto recorrido no precisa ni

mucho menos este servicio. Pero, en cambio, en el tranvía era una necesidad que se dejaba sentir ha mucho tiempo.

Si uno tiene la desgracia de vivir, no digo ya en la Guindalera ni en Carabanchel, barrios remotos, para los que se precisa un largo viaje, sino al final de Goya solamente, y no es un rentista, sino un hombre que trabaja en un Banco o en un Ministerio, al salir a la una de su oficina tiene el sencillo propósito de ir a casa a comer. Para esto, ingenuamente se decide a tomar un tranvía.

Pasará el 8, el 4, el 32, el 3, el A, el O, el L; pero el suyo, el que precisamente necesita, no llegará hasta pasada una hora.

Cuando den las tres, y el viajero, dentro del vehículo, se encuentre aún en la Cibeles, notará en su estómago una leve molestia.

En la Puerta de Alcalá ya ha de sentir cómo se le va la cabeza hacia fuera de la ventanilla y cómo las cosas dan cien vueltas y empiezan a esfumarse. Unos puntitos lu-

minosos emergen en el aire. Está desfallecido, a dos pasos cortos de la inanición.

Entonces, esta nueva Empresa, ángel tutelar y salvador de los viajeros de los barrios extremos, le ofrecerá un humeante y oloroso *consommé*.

El éxito es seguro. Si nuestros tranvías existiesen en número suficiente y marcharan aunque sólo fuese dos metros por minuto, el fracaso de esta Empresa estaría descontado; porque a nadie que va a Cuatro Caminos a ver a un amigo puede ocurrírsele tomar un arroz a la valenciana en la plataforma de un tranvía.

En otras grandes capitales existe una política municipal que consiste en facilitar extraordinariamente la comunicación del centro con los barrios extremos. Puede uno vivir en Londres a seis kilómetros de Piccadilly, con el convencimiento de que, si quiere comprarse un par de corbatas en esta célebre vía, hay un ferrocarril terráqueo, aéreo o subterráneo, que en veinte minutos le depositará a la misma puerta del establecimiento. Parece ser que este procedimiento hace posible la vida en los extremos, y por este motivo aumenta allí la población, el tráfico, el comercio y la industria.

Parece paradójico; pero cuanto mayor es la facilidad de comunicación con el centro, mayores actividad y autonomía consiguen los suburbios.

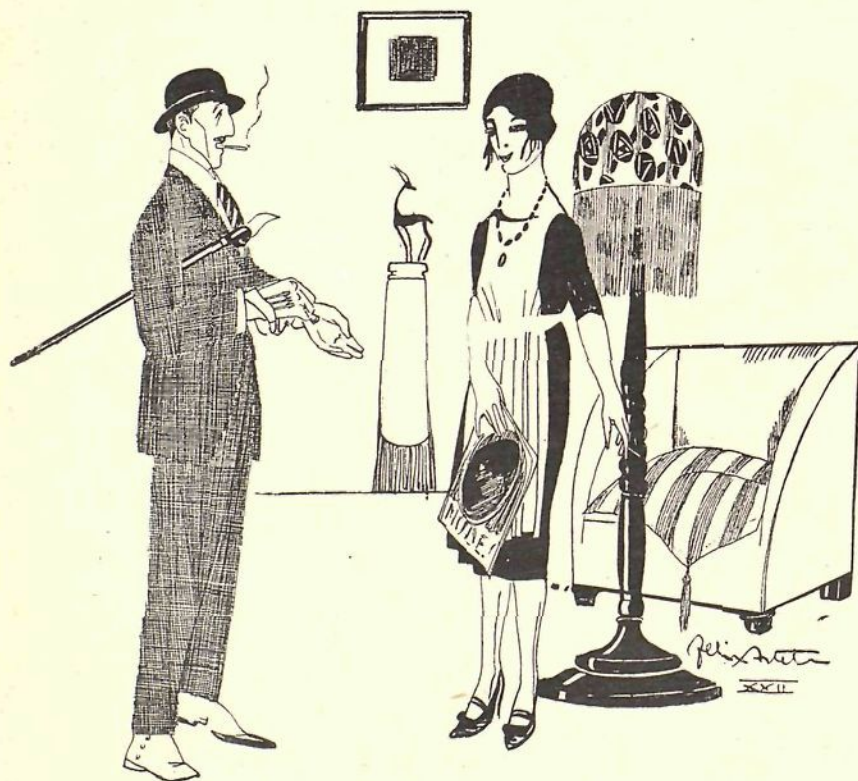
Pero en Madrid, donde si existen teorías sobre esto son muy contrarias, la vida se hace humanamente imposible en los barrios por causa de las comunicaciones, y surge en seguida una Empresa que se aprovecha de esto.

Con el tiempo, no sólo restaurante y bar, sino peluquería, tiendas de sombreros, estancos, coches camas, etc.

Será el tranvía como un barco. Tendrá en sí todos los servicios que el más exigente desee. Gracias a esta aglomeración de servicios aumentará en tamaño y disminuirá en velocidad.

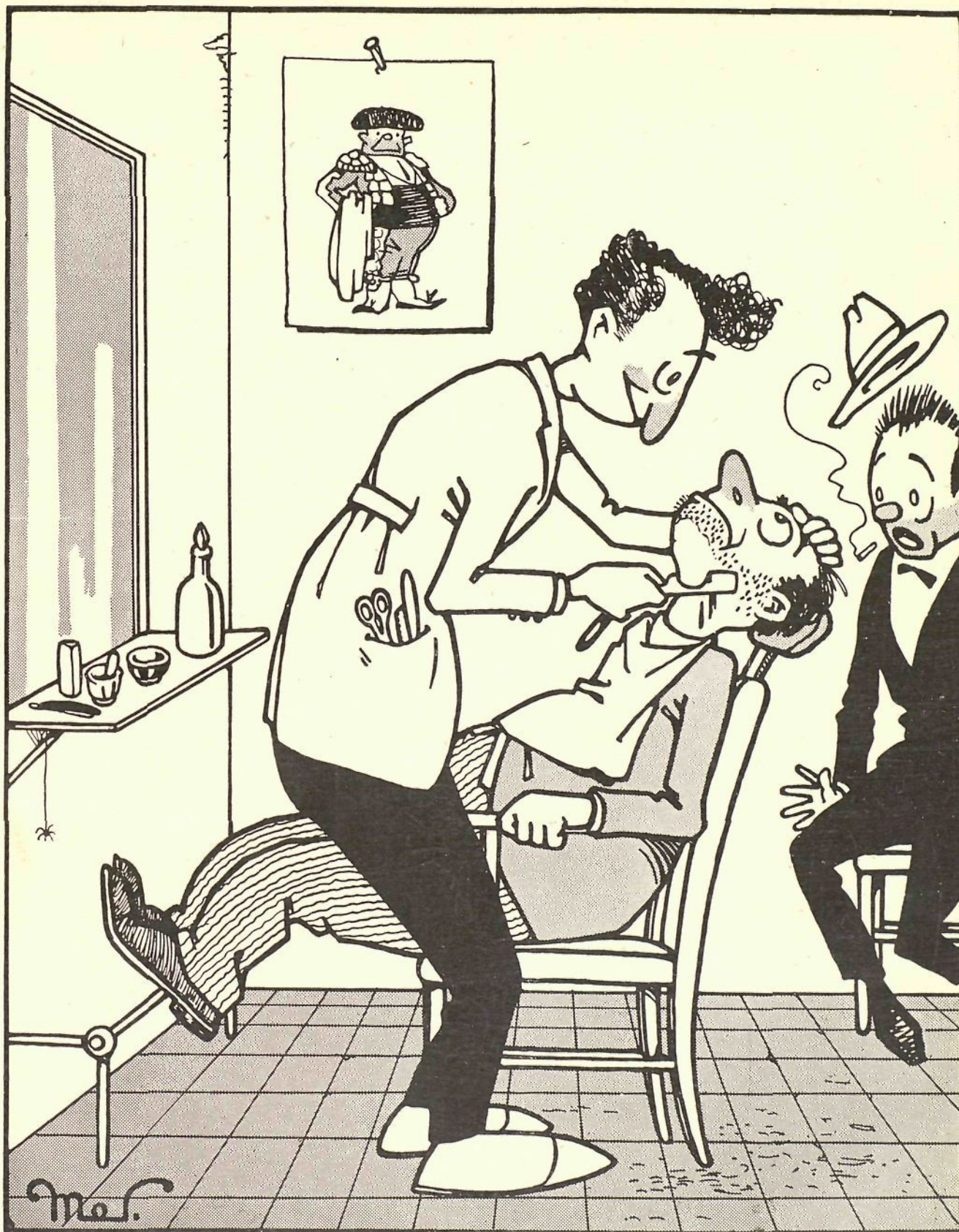
No servirá, como en otros sitios, y en otros tiempos, para llegar de prisa a cualquier parte; pero ¡será el lugar más cómodo y más delicioso del mundo!...

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



Dib. ARTETA. — Bilbao.

— No hay nadie, señorito; pero haga el favor de no abrazarme, que grito.



— ¿Le molesta la navaja, caballero?...

Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

Ayuntamiento de Madrid

MARGOT



A he conocido en este acreditado balneario de Fuente-Chirle, cuya agua portentosa habrán ustedes oído nombrar. Margot es el alma mater, y hasta pater, del establecimiento, pues toda la vida, toda la animación y toda la alegría de que aquí se disfruta se le debe a ella.

Margot es una mujer de unos veinticinco a cuarenta y dos años sobre poco más o menos, alta ella, rubia ella y ligeramente bizca ella también; pero una atrocidad de simpática.

Pudiera decirse que Margot es un

volcán, y no por la fogosidad de su temperamento ni de su temperatura, sino por lo propensa a las erupciones.

Aparte del sarampión y de la escarlatina, que pasó en su más tierna infancia, se ha visto a menudo constelada por otras de herpetismo.

Margot tiene de ordinario un buen humor, no solamente herpético, sino del otro, del bueno, del nuestro, del que nos conserva a todos los redactores de este semanario en constante hilaridad. Ahí tienen ustedes al amigo Ernesto Polo, que al leer sus chistes se ríe casi tanto como el público. (Estas interioridades de redacción se las cuento a ustedes en reserva, en la segunda reserva, que es donde yo

me encuentro desde hace ya mucho tiempo.)

Volviendo a Margot: ella es la guía de forasteros, la providencia del caminante, la alegría de la huerta, del jardín y de todo. Los bañistas no saben vivir sin ella. Margot tiene más práctica de estas aguas que el médico director. Ella le manda a usted a su hora al baño, ella le envía a la inhalación, ella le manda a hacer gárgaras.

Pues ¿y en el ramo de diversiones? No hay cotillón, expedición en burro, siete y media ni julepe si ella no los organiza.

Media eficazmente en las disensiones de los novios, y los arregla y hasta los casa.

Al lado de sus recursos, príanse ustedes de los de casación del Tribunal Supremo!...

Sin Margot el balneario de Fuente-Chirle sería aburridísimo, y con ella es un tío vivo. ¡Lo que aquí nos divertimos!...

En reciprocidad a los servicios que nos presta, porque está en todo, hemos acordado celebrar sus bodas de plata con las aguas sulfurosas, pues hace veinticinco años que las toma, y se disponen grandes festejos. Tendremos luchas grecorromanas entre un catedrático de griego y otro de latín; carreras pedestres entre varios jóvenes agüistas que para todo lo pedestre son notables, y una velada literaria para escritores menores de quince años, con objeto de librarles de toda responsabilidad criminal. Podemos ofender a nuestros lectores las primicias de esta fiesta literaria, trasladando la composición más inspirada:

«¡Oh sugestiva Margot de Benot, natural de Burjasot!

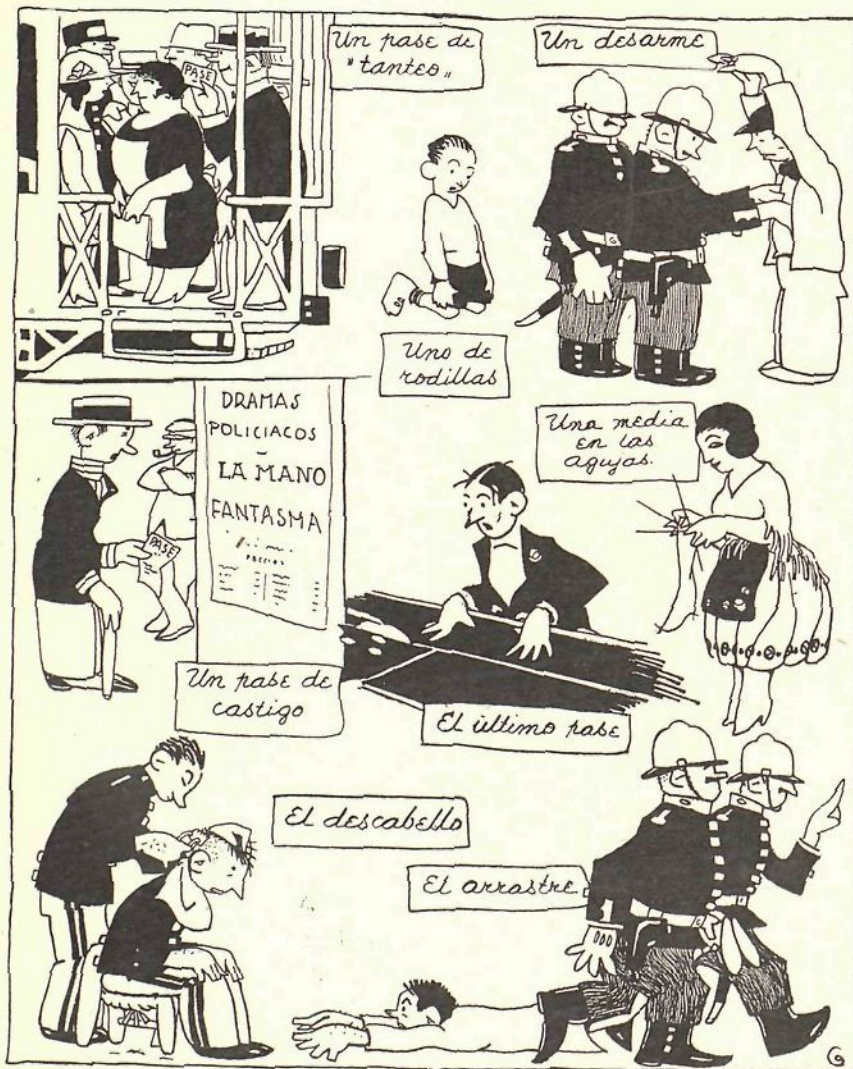
«¡Salve, bañista ideal, que no la pintara igual el propio Walter Scott!

«¡Que la Corte Celestial te preserve de un complot de Belial y Astarot.

Y de tu vida, al final, tengas muerte natural, sin que te mate el puñal de una mano criminal como al gran Sadi Carnot!»

¿Eh?... ¿Qué tal?...

CARLOS LUIS DE CUENCA.



UNA BUENA FAENA

Dib. GARRIDO. — Madrid.

TITIRIMUNDILLO

Pregunta Marcelino Domingo:
«¿Faltan guías o faltan multitudes?»

Faltan guías. ¿No ha visto usted que ahora la moda es llevar el bigote recortado? ¡Pues en ellos era donde estaban las guías!

✂ ✂ ✂

Es detenido uno que ha robado hierro, y el juez le interroga:

— ¿Le ha inducido alguien?

— No, señor; ha sido por mi voluntad.

— Bien. Escribano, ponga usted ahí: «El detenido confiesa tener una voluntad de hierro.»

✂ ✂ ✂

«La travesía de Marsella a nado.»

¡Caray! ¿Por dónde han nadado? ¿Por las calles? ¿Sobre el adoquinado?

✂ ✂ ✂

«Deauville: El verano es fantástico.»

¿Sí, eh?... ¿Se apuesta usted algo a que suda de una manera que parece la realidad misma?

Y ahí no hay fantasía.

✂ ✂ ✂

Un telegrama:

«LA LÍNEA. — Ha quedado resuelta satisfactoriamente la huelga.»

Ahora sí que se puede decir que hay satisfacción en toda La Línea.

✂ ✂ ✂

«Licencias de caza y pesca.»

He aquí una cosa que no necesitan los señores diputados, que pescan dietas y cazan gangas sin licencia de nadie.

Por lo menos, de sus electores.

✂ ✂ ✂

«Los vecinos de la calle de Altamirano se quejan de que en ella los mendigos hacen todos los menesteres de su vida. ¿Qué hacen las autoridades?»

Hombre, es de creer que también sus menesteres, aunque no en la calle de Altamirano.

✂ ✂ ✂

«El hombre primitivo desconocía la mayoría de las dolencias.»

Lo que desconocía era a los médicos, y esa fué su principal ventaja.

✂ ✂ ✂

«Asamblea de productores de uva.»

Suponemos que tendrán voz y voto las cepas y las parras, que son, precisamente, las que producen la uva.

✂ ✂ ✂

«El mar, unas veces bravo y otras manso.»



Dib. BEBERIDE. — Madrid.

— Y qué, ¿qué tal va esa vista?...

— Pues nada, que no veo ni gota...

Nos hemos hecho un lío. Con esas comparaciones no sabemos si habla del mar o de una ganadería de toros.

✂ ✂ ✂

«La verbena era una excelente hierba para nuestros padres.»

Y lo es para los hijos.

¡Pues así que disfrutan éstos poco con la verbena, sea de la Paloma o de San Cayetano!

✂ ✂ ✂

— ¿Sabes?... Nuestro amigo Pepe se ha hecho anarquista; pero sólo en las plataformas de los tranvías.

— ¿Qué tienen que ver éstas con los atentados?

— Precisamente por eso. El, a los dos minutos de estar allí, ha-tentado.

DIVAGACIONES SOBRE LA MESA

Es curioso lo que ocurre en España. Cada día surge un escritor que se ocupa de los temas más raros y diversos.

Sin embargo, a ninguno se le ha ocurrido todavía escribir sobre la mesa.

Y precisa que se intente llenar ese vacío, como a diario se oye decir cuando se habla de la cabeza de algunos políticos.

Preciso es que alguien se decida, al fin, a apoyar sus escritos en la mesa. Fundados en ésta, sosteni-

dos en ésta, sentados a ésta, comenzamos la clara y breve exposición — sin medallas de honor — que a continuación verá el que leyere u oír el que oyere.

Para mantener el orden, además de los funcionarios llamados guardias o mantenedores, estableceremos una división *bipartita* de tres partes:

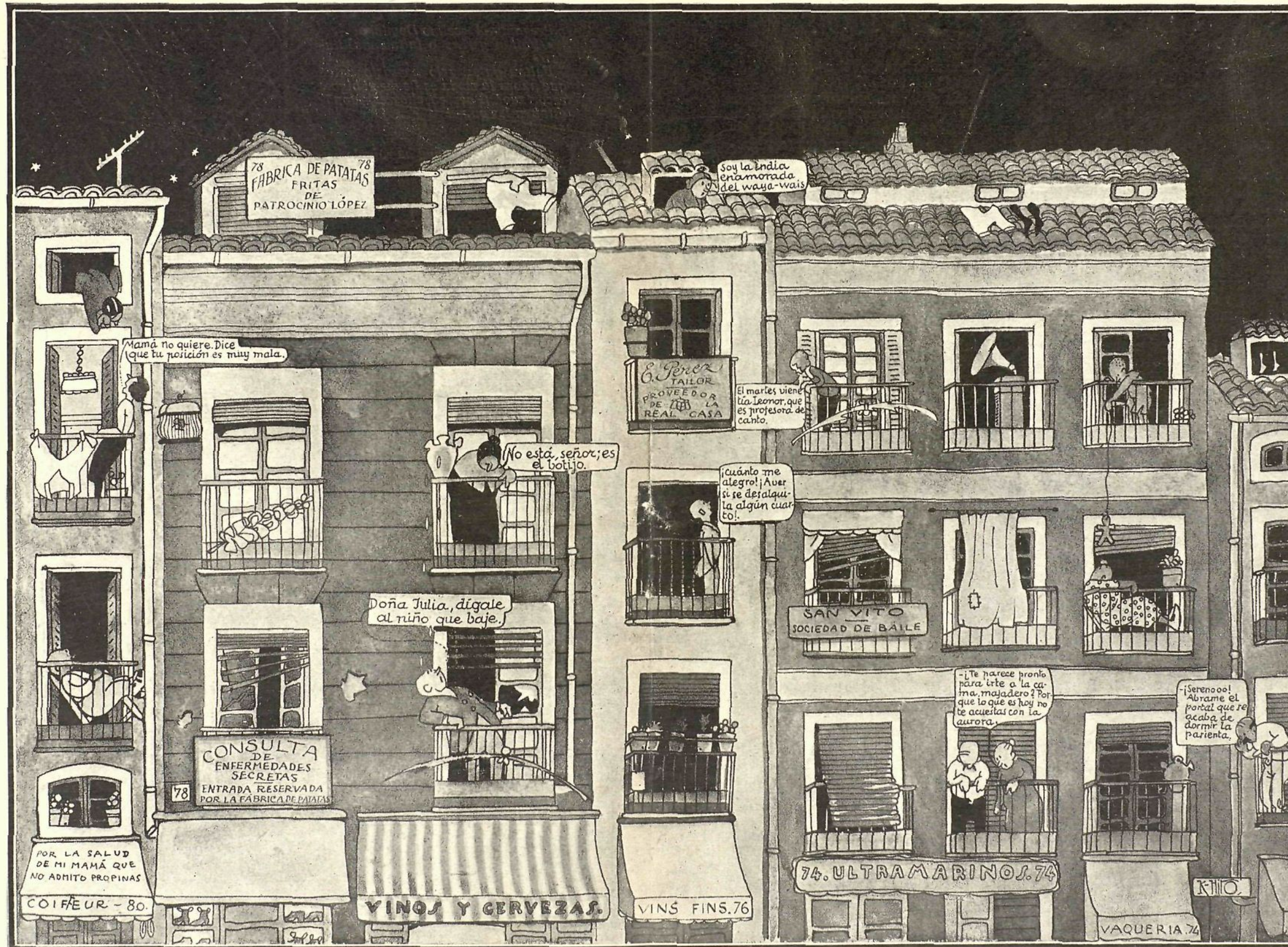
Primera. Forma de las mesas o cuestión formal.

Segunda. Materia de que se construyen las mesas, o el materialismo mesaico.

Tercera. No tiene.

Al ocuparnos de la parte formal, procuraremos que resulte lo menos formal posible, es decir, que sea divertida. Pueden ser las mesas grandes y redondas, y llevar también este nombre aunque sean largas y estrechas, como ocurre, por ejemplo, en las fondas malas. Cuando son redondas y pequeñas debieran de llamarse redondillas; pero se les dice veladores, porque en ellos se colocaba en lo antiguo la vela que servía para pasar la velada. Hay veladores de tres pies, llamados velotripodes, que entre otros usos tienen el de servir para invocar los espíritus en las espirituales sesiones de espiritismo, y para colocar en ellos copas con bebidas espirituosas. Si éstas se vierten, o si el espíritu no comparece ni da sus golpes característicos, se dice que el velador tiene mala pata.

En las mesas cuadradas — en las que la reunión del tablero y los cuatro pies forma un todo prismático, que, cuando son dos mesas iguales, se dice gemeloprismático — puede observarse mayor variedad. Si la mesa está en alto se le llama meseta. Ejemplos: la parda meseta de Castilla y la meseta del Iván, de donde viene gran parte del género humano, y con él las mesas. Si ade-



ESCENAS DE UNA NOCHE DE VERANO

Dib. K-HITO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

más tiene delante una barandilla y hace sol, se le llama meseta del toril. Hay mesas, como las de billar, en que la forma es cuadrilonga; en cambio, los tacos suelen ser redondos.

Decíamos que por la materia también pueden clasificarse las mesas. Así, se encuentran: Mesas de Asta, en la *Guía Oficial de España*; mesas de mármol, que también se llaman de tablero de mármol, con sobra evidente del mármol o del tablero; mesas de damas, donde éstas acostumbra a merendar, y donde a veces los hombres se divierten jugando; mesas de laca, que cuando se emplean para escribir se llaman así, y si para borrar, de goma laca; mesas de lapislázuli, que sirven para colocar los lápices azules y, si se quiere, los rojos; mesas de cobre, que las tienen los cobradores de los comercios; mesas de pino, que son las usadas en las pinacotecas; de haya, propias para conferencias internacionales; de ébano, oriundas de la sierra de la Ebanistería, en el Sudán africano; de madera de enebro, que son las que usan las costureras para enhebrar las agujas; de roble, favoritas del dibujante Robledano; de cristal, llamadas cristalinas; de caoba o caobañas, de chopo o chapadas, de alcornoque o corchotaponudas; de mimbre o mimbrenas, propias para el verano; así como las de tapete — llamadas camillas — son apropiadas al invierno, y no está sobre, sino bajo el tapete la cuestión por lo general.

Hay, en fin, mesas para el día y mesas de noche; mesas ordenadas y mesas revueltas; mesas de ajedrez, de tresillo, de bridge, de veinte juegos, de treinta y cuarenta... juegos, que, por ser prohibidos, no podemos ya describir.

RUBIDIO TARTARÍN.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

EL ARTE ESCÉNICO EN LISBOA

HÉTEME aquí de regreso de una excursión por tierras de Lusitania, adonde fui en uso de mi derecho y de una licencia de quince días.

Estuve, por tanto, en Portugal de la manera más fina y más respetuosa que puede darse; entré con licencia, que es lo que piden nuestros vecinos a cada paso: cuando van a introducirse en algún sitio, cuando os van a convidar, o simplemente si os empujan en la calle porque llevan prisa...

Con licença..., y hacen todo, sea lo que sea.

Pero alejémonos de la divagación.

No es de extrañar que, aprovechando mi estancia en la ciudad lisboeta, tratase de *cotillear* algo de teatros portugueses para referirselo a los lectores; pero el periodista propone y el calor de Lisboa dispone, y sobre el calor, la autoridad militar, quien, visto que había un *pouco de revolta*, ordenó que se clausurasen los espectáculos públicos, y que los habitantes de Lisboa, ya transeúntes, ya de *planti-lla*, nos encerrásemos en nuestras casas a eso de las ocho de la noche.

No pude enterarme, en consecuencia, de casi nada de los teatros, ya que, como antes dije, me acostaba a las ocho.

Averigüé por referencias que las compañías de *postín* se encontraban a mi llegada camino de las tierras del Brasil unas y navegando con rumbo hacia acá las otras, y que en San Carlos — un teatro que parece el Congreso por fuera — preparaba su *début* una compañía de segunda clasificación — de esas que acá llamamos de bandidos —, que no llegó a presentarse por aquello de la re-

volta, que resultó un ensayo general con todo, nuncio de la gran representación dramática que preparan los bolcheviques portugueses.

En dos teatros totalmente veraniegos de la avenida actuaban sendas compañías de opereta y revista, que habían presentado como última novedad y con unos títulos extraños, que el rubor ante el planchazo nos obliga a omitir, nada menos que *El príncipe Carnaval* y *El príncipe se casa*.

En el Coliseo dos Recreios, de una capacidad para seis u ocho cientos de espectadores, realizaba brillantísima temporada la compañía del Sr. Pancani, que dió unas cuantas funciones el mes pasado en el Retiro. El coliseo, absolutamente vacío, presentaba un deslumbrador aspecto por la parte de afuera, exornada con infinitud de banderas de todos los países imaginarios y de algunos que no es posible imaginar: esto, en la parte exterior. En el interior se veía ocupada alguna que otra butaca, por un servidor de ustedes, que gozaba de entrada de favor, y por algunos periodistas lusitanos, que, dicho sea en su honor, se dedicaban al enamoramiento fulminante de las huestes femeninas del Sr. Pancani.

En otro teatro se representaba

la traducción de *El centenario*, de los Quintero.

Teatro nacional no pudimos hallar. Los Borrás, los Moranos, los Mendozas, todos ellos habían escapado de la temperatura *torrefactante* con que la Naturaleza acostumbra a obsequiar a los ingenuos que pasan el mes de agosto en la sin par Lisboa...

El verdadero éxito lo obtenían a diario y estruendosamente las artistas españolas de *variétés*. ¡Señor, cuántas y qué malas! ¡Y qué desconocidas!! Tanto era así, que a nosotros nos dieron la impresión exacta de que lo eran todo menos artistas. Y si lo eran, lo disimulaban.

Pero ¡echen ustedes carteles!...

«La eximia, bella, sensacional, perturbadora y rubicunda bailarina Emerenciana Gutiérrez.»

«La gentil, épica, descoyuntante y rígida cancionista Lola Sánchez.»

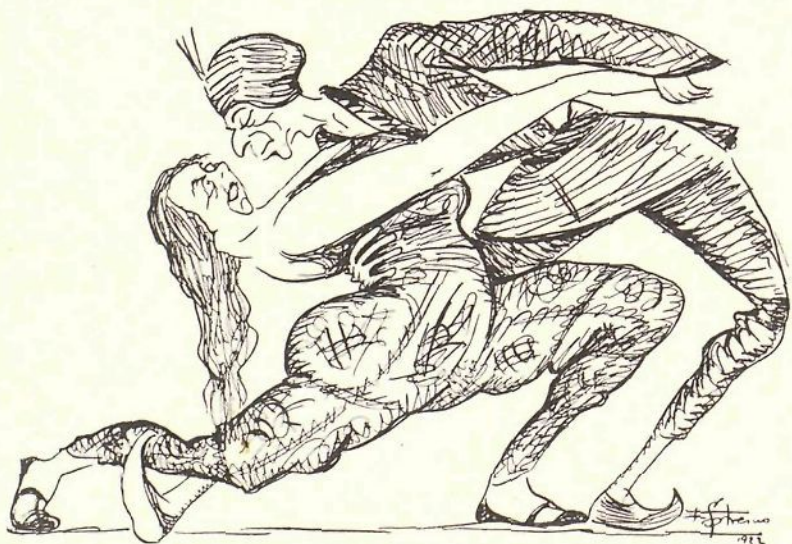
Las pobres, con la mejor buena fe del mundo, hicieron cuanto pudieron — y pudieron mucho — por ponernos en evidencia. El éxito fué inmenso, categórico, magnífico.

No he de decir sino que hasta las aplaudieron; y nadie nos informó de que varias de ellas fueron convenientemente agredidas por su audacia, como era de esperar...

Observación que nos inclina a divulgar la fausta nueva, por si hay alguna otra que pique y se lance a la conquista de la gloria y de la celebridad a tan poca costa como dar unos maullidos en aquellos teatros.

En Portugal triunfan las *variedades*. *Variedades* que pudiéramos dividir en ex cocineras, ex niñas, hijas de familia *complaciente* y gatos a medio desollar...

Pero ya nos ocuparemos con extensión de tal extremo. Hoy por hoy nos limitamos a hacer una información somera



Dib. FRESNO. — Madrid.

Lou et Janot, pareja de baile que ha actuado con extraordinario éxito en la Latina.

— ¡cuidado, que no es el galán español Sr. Somera! — de lo que sucede, desde el punto de vista artístico, en la hermosa Lisboa.

Y lo que sucede es que, así como en invierno aquello es algo fundamental — los artistas *buenos* portugueses son magníficos —, en el estío el panorama teatral es algo parecido al de España. Una *birria*, carísimo lector.

Y menos mal que allí no hacen verbenas populares, como en este Madrid de nuestros pecados. Si llega a ser costumbre y los artistas que trabajan actualmente en Lisboa intentan el nuevo *camelo* de moda, a estas horas ya habrían cambiado los portugueses de régimen.

¡Qué artistas para el *Maroc*!... ¡Y qué aliciente para la *revolta*!...

JOSÉ L. MAYRAL.

Del Real a la Latina, pasando por Fuencarral.

(Chismorreo, chirigoteo, algo de información y su poquito de gualicheo.)

— Bueno, eso de *pasando por Fuencarral* era antes; ahora hay que pasar... y sentarse.

— Está bien aquello, ¿eh, Berúlez?...

— Colosal. Y eso que te fijas en el reparto, y parece una relación de específicos: *Maynon, Casals, Rebull*... ¡Pero échales trigo! Ese barítono que tiene el vicio de apellidarse Maynon, es una cosa muy seria.

— ¿Por qué le llaman *el barítono ferroviario*?

— Porque prestaba sus servicios en una estación de Cataluña.

— ¿Como ferroviario?

— Y como barítono. Era el asombro de los viajeros: en lo de «¡Señores viajeros, al treeen!», era un prodigio; en lo de «¡Casteltersoll...!, un menutoooo!», era un espanto, y en lo de «¡Paraaada y foondaaaaa!», tenían que sujetarle, porque se caía de *fiato*.

— ¡Qué asombro!...

— Lo que oyes, Belorcio. Así ha tenido el éxito que ha tenido en *La Alsaciana*.

— Total, que Guerrero ha venido a romper una lanza por el género lírico...

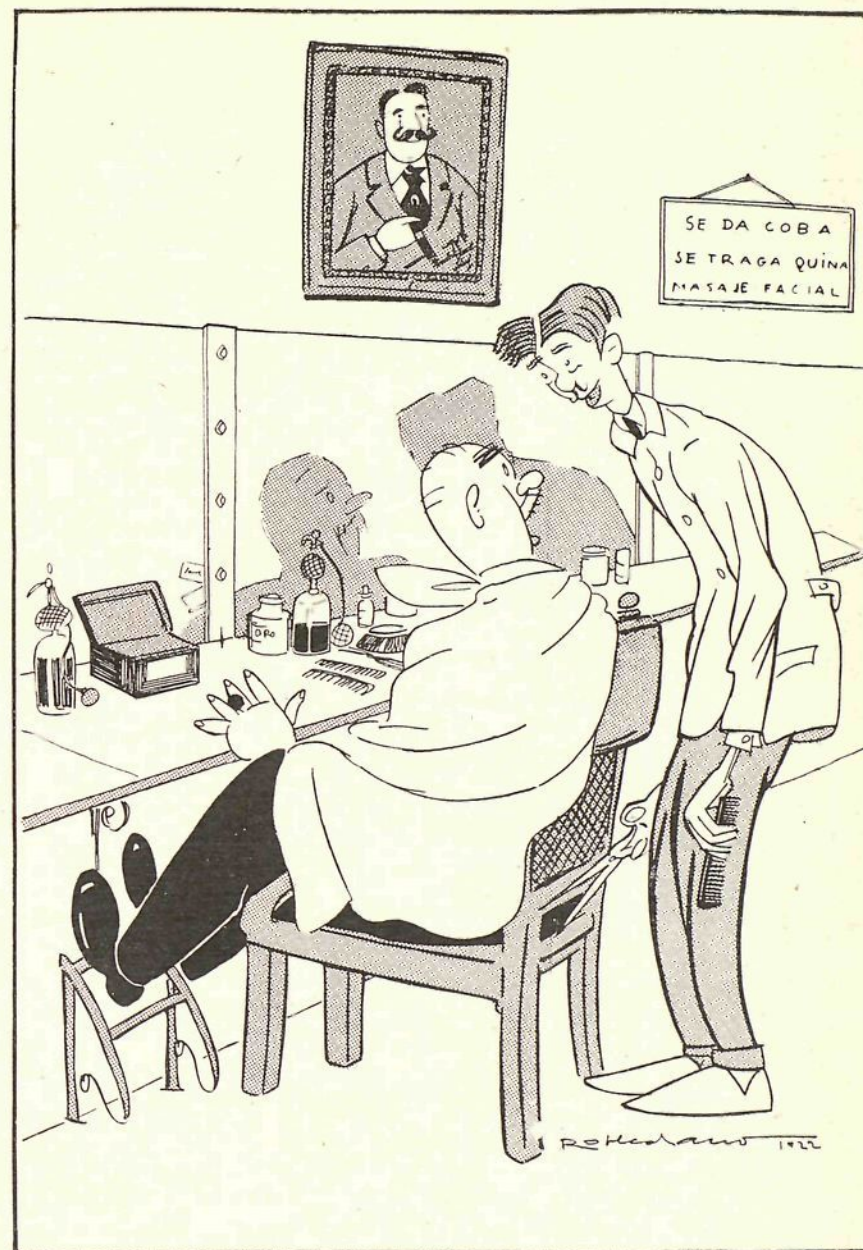
— Y ¿quién mejor que Guerrero para eso de la lanza?

— Evidente. Bien; hablemos de los demás coliseos.

— Advirtamos primero la desorientación actual.

— Chico, no sé nada.

— Sí, hombre. Fíjate en cualquier cartelera. «Paraíso: *Edmond de Bries*»; «Retiro: *Eva*»... ¿No estarían mejor *Eva* en el Paraíso y *Edmond de Bries* en el



EN LA PELUQUERÍA

Dib. ROBLADANO. — Madrid.

— Con raya.

— ¡Caballero! A usted la raya únicamente se la pueden sacar en la pescadería...

Retiro, o, por lo menos, en la reserva, porque a mí ese anfisbénido me estomaga.

— Tienes razón.

— Sigue fijándote: en Novedades, *La Malquerida* y *Juan José*; dos *novedades*, como verás. Y a tono con éstos, los escasos teatros que actúan.

— Y de los que van a actuar, ¿qué sabes?

— Muchas cosas, Belorcio ilustre. Ve-

rás. Al Rey Alfonso vendrá Paco Alarcón.

— ¿A ocho pesetas butaca, como antes?

— No. Han comprendido que era un precio excesivo, y ahora viene Paco con la rebaja. Pero lo que merece un accésit de humorismo es la obra que están haciendo en el Cómico.

— Pero si está cerrado.

— Por eso, porque están haciendo

obra. ¡Y qué obra!... Losada se dió cuenta de que con el aforo del teatro no iba a sacar ni para los acomodadores, y pensó levantar un piso; pero tropezó con el dictamen de los arquitectos, que aseguraban que los muros no lo resistirían.

— ¿A Losada?...

— Al piso. Pero ¿qué es eso cuando se tienen inventiva y tenacidad? «Si no puedo levantar un piso, puedo bajarle», se dijo Losada; y ahí le tienes cavando en el patio de butacas, rebajando diez metros el escenario y sacando de la cueva el piso que necesitaba.

— Quedará muy bajo...

— Como que el acceso a las butacas se va a hacer por el Metro, y el paso a los fosos, por el alcantarillado. ¡Es mucho empresario el Sr. Losada!

— Se anuncia una cruelísima guerra a las *variétés*, Berúlez amadísimo.

— Era lógico, entrañable Belorcio. El *crescendo* varietinesco estaba malogrando en flor infinidad de cocineras y no pocas doncellas.

— ¡Mira tú que doncellas en las *variétés*!...

— Es un decir. Por cierto que te voy a contar lo ocurrido a una *estrella* el sábado último.

— Relata.

— Verás. Huroneaba yo a caza de no-

ticias por el pasillo de los cuartos de uno de los principales salones de *variétés*, cuando, al pasar por delante de una puerta, oí...

— «¿Batir de alas y rumor de besos?»

— Ca, hombre. Oí una voz que decía: «¡Que no *sus* vuelva a ocurrir, porque si *sus* ocurre otra vez...!» Apliqué el ojo a la cerradura, y...

— Azorín no sería.

— Era la mamá de una *estrella*, que estaba reprendiendo a la *estrella* y a la criada. Seguí escuchando. «Lo que *sus* digo: que no *sus* vuelva a ocurrir», decía la madre. «Pero, mamá, con la prisa que teníamos, ¿cómo *quedrias* que me ocupase de que la chica se pusiera el delantal blanco?», alegaba la *estrella*.

«Es claro», *aclaraba* la menegilda. «No, señora, no es claro — vociferaba la madre —; *usté* debe ponerse el *mandil* blanco siempre que salga con la señorita, ¿estamos? Como es *usté* una *cateta* no sabe lo que le perjudica a la señorita saliendo con *eya* sin *mandil* blanco.»

«Pero ¿por qué, mamá?», interrogaba la cupletera. «¡*Pos mu* sencillo! — disparó la señora —. Porque si sale sin *mandil* blanco, ¡a ver cómo *s'averigua* quién es la artista y quién es la criada!»

EL LORO DEL RIN



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¿Se ha puesto malo?

— No, señor... ¡Es que mi hermanito se emociona viendo trabajar en el alambre!...

FIGURAS DE MI BARRACÓN

Algunas reflexiones acerca de los excelentísimos señores porteros de ministerios.

Nada más preponderante e hinchado que estos excelentísimos señores. Su excelencia el portero del Ministerio es un *ministro a perpetuidad*. Dentro de los chalecos de botoncillos dorados y de las levitas de galones de ataúd o capote de lujo de banderillero, reside casi siempre un hombre de faz hosca y humos *neronianos*.

Antiguamente, los nombramientos de *sus excelencias* los hacían los ministros entre sus paisanos pobres o los recomendados de sus deudos. De aquí que pudiera averiguarse con toda exactitud de dónde eran los ministros por el andar marchoso o el ritmo desigual de la pronunciación de *sus excelencias* los excelentísimos señores porteros de Ministerio.

Hoy ya es más difícil. Porque hoy entran *por estudios*, por examen, *por oposición*, es decir, oponiéndose a que ocupe estas plazas nadie que no vaya muy recomendado.

Por otra parte, *su excelencia* el señor portero necesita reunir condiciones especiales.

No puede ser ni muy gordo ni muy flaco, ni muy bajo ni muy alto, ni muy listo ni muy bruto.

Su corazón ha de estar impregnado en una hiel especial: mezcla de ponche de clara con limón o salsa a la mayonesa con *chantilly*.

Debe de ser perro faldero para con los señores ministros y tener boca de lobo para el público. Manejar el halago con destreza y el graznido con prontitud.

Arrastrase como las serpientes unas veces y volar como las águilas otras.

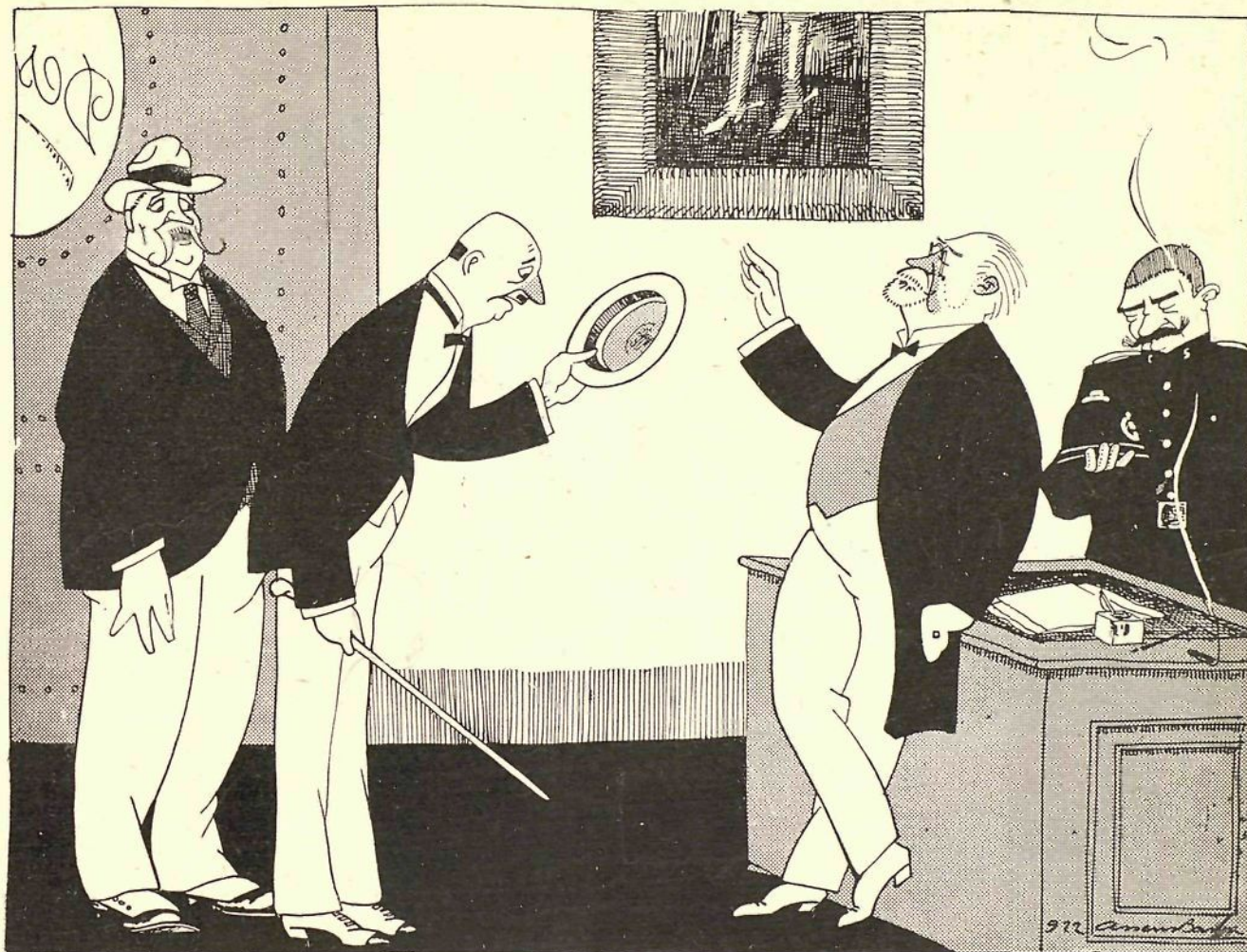
Políticamente es conservador, liberal, republicano..., cuando *venga* la República, si es que viene...

Fuma de lo que buenamente le dan. Apaga su sed con agua y azucarillos ministeriales. Usa papel, plumas, tinta, lapiceros, etc., etc., del erario de la nación; pero habla mal de ella y la critica a todas horas...

Come, vive y triunfa sin trabajar. Y alguna que otra vez duerme su siestecita sobre los sillones oficiales, mientras sus *ilustres camaradas* los otros *excelentísimos señores porteros* juegan al tute o charlotean de toros.

Y..., ¡oh sarcasmol, a pesar de los pesares y de vivir estupendamente en esta *jauja bendita*, adonde, para algunos, atan los perros con *salchichón de Vich*, no están ni estarán nunca conformes con su suerte...

CÁNDIDO EL PESIMISTA



EL DIGNO JUEZ

Dib. ASSÉNS BARBA. — Barcelona.

— ¡Por Dios, corra usted, que en la mesa de recreos del Casino se ha suicidado un hombre!...
— Lo siento, pero yo no voy a levantar muertos en las mesas de juego.

LIBROS RECIBIDOS

Accediendo a reiterados, cariñosos y dulces requerimientos de varios preclaros representantes de la intelectualidad española, hispanoamericana y barcelonesa (autores todos ellos consagrados por el éxito), inauguramos hoy esta sección, en la que daremos estrecha cuenta de todas las obras recientemente publicadas de las que se nos envíen dos ejemplares acompañados de un modesto donativo, como una cajetilla de sesenta, dos pesetas del cuño de la revolución, un par de calcetines calados, un paraguas sin calar, etc., etc.

La cuantía del donativo, más que el mérito de la obra, es la que determinará el número y calidad de los elogios que de ella haremos. Esto no es nuevo; pero el decirlo claramente sí tiene cierta novedad.

También daremos cuenta de las obras antiguas y conocidas, siempre que de ellas se haga una nueva edición, pues es lógico que autores y público conozcan nuestro imparcial y clarísimo juicio sobre las producciones que ya han paladeado las mieles de la Alcarria del éxito.

También daremos cuenta de las obras científicas y políticas, aunque no sean literarias, que, desde luego, estamos seguros de que no lo serán.

Y si hay algún autor que nos quiere obsequiar con productos alimenticios y succulentos, no hay ni qué decir que también daremos cuenta de ellos.

Y nada más.



La linterna de Diógenes, por Canuto Largo y Redondo. — Maravillosa narración y estupenda descripción de la vida nocturna en Madrid y en Guada-

lajara. Por sus páginas desfilan cocottes, cupletistas huérfanas, tobilleras, guardias civiles, subsecretarios, frailes y pollos *bien*. Desfilan también personajes conocidos, como Valle-Inclán, Mazzantini, *La Preciosilla*, Casanella y Romanones. ¡Romanones desfila bastante mal; pero desfila!... Diógenes, que es el tipo central, es un sereno natural de Vigo, pintado de mano maestra, y su tragedia conyugal es el fondo de la novelesca trama. El capítulo en que su esposa le revela su traición (confesándole que, en venganza de que él abre treinta y dos puertas a otras tantas mujeres, ella se cree en el derecho de abrir una sola a un hombre), es de un realismo pavoroso y suspende el ánimo. Y es digna de la pluma de Esquilo esa mujer que tan cínicamente vende su decoro... (Precio, 4 pesetas...; encuadernación en tela, 4,50.)

El hambre en Rusia, por *Dimitri Kapikúa*, filósofo polaco. — Divagaciones metafísicas y consejos a los hambrientos para que no se entreguen en brazos de la desesperación. Es un libro desconcertante y amargo, escrito en forma de máximas, parábolas y sentencias, de las que copiamos las siguientes:

«No os comáis los unos a los otros»; «El hueso que un día podéis roer, quizás será el de vuestro padre»; «Sólo es

lícito hacer una fuente de chuletas con los ministros y los diputados»; «Comerse los niños crudos es propio sólo de los matones de los garitos»; «Morder a una vieja es cruel»; Morder a un viejo es muy duro»; «Únicamente faltaría yo a mi juramento si la *Chelito* viniese a Moscú, ¡porque me la comería!...»

Con lo transcrito basta para dar una idea de la importancia de este librito, que, por cierto, está encuadernado con

hule, lo que le da una forma de libreta que nos explica la enorme venta que ha tenido en Rusia.

Se trató de encuadernarlo con pastas; pero parece ser que se las comieron los obreros del taller de encuadernación.

Precio de la obra en España, 3,95 pesetas.

Colección completa de los discursos de Francos Rodríguez, por *Benigno Paciente*. — Hemos recibido el primer tomo de esta gran obra, que constará de otros trescientos noventa y nueve, suponiendo que el Sr. Francos quiera callarse desde fin de año, pues, en caso contrario, será preciso añadir otros setenta y cinco u ochenta tomos, en los que se recopilarán sus últimos discursos. Cada tomo tiene seiscientas páginas y unos once millones de palabras, y con la colección completa se regalará un mueble-biblioteca para contenerla. El peso del mueble, con los cuatrocientos y pico de tomos, está calculado en unos trescientos cincuenta kilos, lo que desmiente la afirmación de que las palabras se las lleva el viento..., pues no hay ciclón asiático que pueda llevarse las del Sr. Francos Rodríguez contenidas en la obra que nos ocupa.

Cada tomo vale..., o para decirlo mejor, cuesta 6 pesetas. Los que deseen la obra completa tendrán derecho a una importante rebaja..., y además a un premio al valor, al heroísmo y a la constancia, cuya creación se gestionará cerca del ilustre Francos cuando vuelva a ser ministro.

El mejor libro de cocina del mundo, por el *Príncipe de Guisa*. — Interesante colección de recetas culinarias para elaborar toda clase de platos hasta el número de veinte mil. Destacan las recetas siguientes: *consommés* y purés a la francesa; tortillas y embutidos a la alemana; dulces y *plum-cakes* a la inglesa; ánares a la turca; callos, caracoles, judías y estofados a la madrileña; gallos a la valenciana, y pollos a la castellana... y a Rosales...

Este hermoso libro de cocina también estaba editado en Rusia, como la obra de que nos hemos ocupado anteriormente; pero toda la edición se ha mandado a las demás naciones, pues no hay que pensar mucho para sacar la consecuencia de que en Rusia no sirven ahora para nada los libros de cocina.

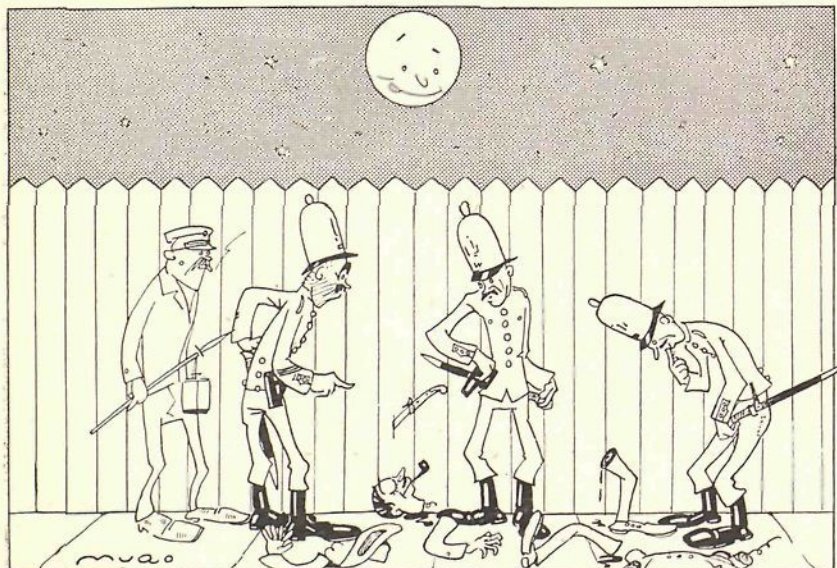
Zapatero, a tus zapatos, drama en dos actos, por *Crispín Calzado de Becerro*. — Obra de intensa emoción, que no nos explicamos por qué fué protestada a furiosos golpes de tacones. Seguramente es que el público no le vió la punta. El autor, que es un distinguido cabo... de zapadores, no debe desalentarse, pues tiene grandes condiciones para triunfar. ¡Ánimo y adelante, que un clavo saca otro clavo!

Precio de la obra, 3 pesetas, maravillosamente cosida y con preciosas tapas.



Dib. LÓPEZ PADILLA. — Santander.

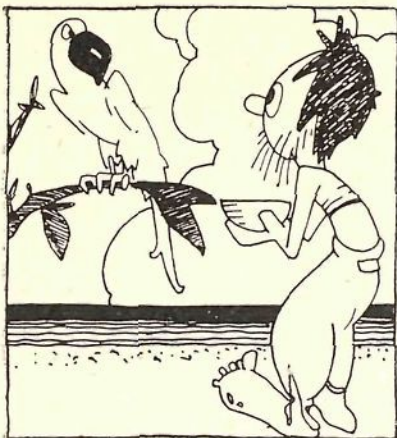
LA VIUDA — Si sería cabesón y terco, que al haserle la autosis, pa abrirle la cabeza se la tuvieron que serrár.



Dib. MURO. — Valencia.

EL CABO. — ¡Suicidio tenemos!...

NÉSTOR O. LOPE.



»Pero el viento no me empujaba absolutamente nada, y lo que es peor, me acataba tanto, que empecé a estornudar horriblemente; y al poco tiempo de sonarme con estrépito tenía mi embarcación flotando viento en popa, y aun me sobraron dos velas, que encendí a la Virgen del Mar, como agradecimiento a su milagrosa protección.

»La tarde caía, y cuando iba a izar todas mis velas y a tumbarme a merced de la mar... de preocupaciones, recibió mi embarcación un golpe seco, pero mojado; primeramente pensé que sería un barril de vino; después me hice la ilusión de si sería otro barril de coñac, y por último creí que había tropezado con un alcornoque, aunque en aquellos momentos, a la persona más analfabeta del mundo la hubiera saludado con más cariño que a Ramón y Cajal.

»Pero no era nada de esto: el objeto del tropiezo era un bajo. Esto me desconcertó algo: por lo regular los bajos no tienen dinero, y, además, como estaba malhumorado el bajo, no me recibiría bien, sobre todo si pertenecía al coro de la Capilla Sixtina.

»Cobré ánimos (sin utilizar mi talonario de cheques) y traté de separarme de la tabla; pero ésta, comprendiendo mi idea de abandonarla, se agarró a mí fuertemente; ceñida amorosamente a mi cuerpo, como un cinturón salvavidas, pude saltar en tierra firme, pues la noche caía rápida, igual que yo, que había caído en una roca.

»A pesar de tener la tabla tan a mano, no podía tampoco partirla haciendo una sencilla operación de dividir.

»Lo primero que hice fué descansar, pues no tenía fuerzas para otra cosa, y me dormí. A la mañana siguiente, cuando la clara luz del Sol alumbraba el Oriente, pude contemplar a mi gusto (y bien contra mi gusto) el escarpado islote donde me encontraba. Desde luego no era conocida ni apetitosa mi situación: grado más grado menos, estaba próximo a la locura.

»Medité un momento, y como para tirarme de cabeza al mar no tenía necesidad de haber ido tan lejos, comprendí que lo mejor era hacer una cosa, mejor dicho, una

AVENTURAS FANTÁSTICAS DEL CAPITÁN NORTON

Novela de Pablo Montes.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Francisco López Rubio.

(CONTINUACIÓN)

casa, para lo cual traté de adquirir en cualquier librería una obra que tratase de albañilería; pero ante lo imposible del caso, decidí hacer una obra... de caridad. Para lo cual me consolé a mí mismo de mis tristezas presentes y futuras.»

Al llegar a este punto de su relato, el capitán Proto notó que se había dormido la italiana, que Desnancer roncaba, y que los demás habían cogido el sueño; así que dejó para el día siguiente la continuación del relato de sus aventuras en la isla.

CAPÍTULO XXII

Continúan las aventuras del capitán Proto.

Reunidos de nuevo al día siguiente, el capitán Proto continuó el relato de sus aventuras de esta manera:

—Ya algo tranquilo por el deseo de tener casa propia, me puse a buscar los elementos necesarios, y aunque sabía que eran cuatro, sólo encontré dos: agua y tierra, con los cuales y un poco de talento logré hacer una especie de chavola, que, aunque no era un rascacielos, por lo menos me serviría de albergue, y quién sabe si dando vueltas el mundo sería la base de mi fortuna casera.

»A la entrada puse el talonario de cheques del banco, en el cual noté que estaba yo sentado hacía ya tiempo; después cogí del *Diccionario* unas palabras caprichosas y adorné con ellas la única habitación disponible. Las gafas las coloqué en las ventanas para poder mirar a la calle.

»La novela, como era de Trigo, me serviría para alimentarme durante algún tiempo; y como para muestra basta un botón, puse el de mis calzoncillos sobre la entrada de la chavola.

»Pasado algún tiempo, ya harto de Trigo, traté de coger algún bicho que me sirviese de alimento; pero no sabía cómo conseguirlo: con liga, imposible, pues nunca usé ese *ditirambo*; con la persuasión, tampoco: era posible que no hablaran mi idioma y no nos entiésemos; con la percusión, medio sencillo en tierras civilizadas, en este islote no era posible hacer nada, pues carecía de armas y de instrumentos de esta naturaleza; pero tuve una idea feliz: un lazo. ¡Yo no sabía ponerlos!... ¡Si hubiera estado allí mi hermana, sería otra cosa! Esta idea me obsesionó, y ras-

gando un trozo de mi americana hice uno, seguro de coger con él todos los bichos de la isla, pues hay que tener en cuenta que, además de americana, era cazadora.

»El primer animal caído en el lazo fué un loro, el cual me decía suplicante, en correcto malayo: «¡No me hagas pupa! ¡Quiéreme mucho, y dame chocolate!» Lo primero y lo segundo, concedido; pero ¿de dónde iba yo a sacar el chocolate?

»Después de los primeros momentos de estupor, le coloqué en el banco de escribiente, pues tenía buena letra; pero yo no cesaba de cavilar cómo le daría chocolate; cogí el *Diccionario*, por ver si solucionaba esto con igual facilidad que lo de las velas; mas aunque se venden en los mismos establecimientos, no lo conseguí. No había más que una definición, y ésta se amoldaba poco a las circunstancias, aunque el chocolate se amolda bien, por lo general.

»Pero una mañana fui feliz; encontré una piedra gredosa de cierto color oscuro, unas plantas picantes y algo de resina salvaje; mezclando todo ello hice una pasta, la cual le serví galantemente en una hoja de la novela de Trigo; al parecer se lo tomó con agrado, pero desde aquel día no volvió a decir palabra; se conoce que le supo tan mal, que, no sabiendo cuál era la palabra para pedir aquello, prefirió morir antes que por casualidad pedirlo otra vez.

»El entierro del loro fué de primera, pues era el primer ser que moría en la isla; y yo, triste, acompañando al difunto, fija la vista en el suelo, reparé en que ya no podía utilizar por más tiempo mis zapatos, deteriorados por el uso externo que les había dado. (Esto de externo lo digo yo por estar fuera de mi país.) Y no sabiendo cómo hacerme con otros, me acordé que en la novela había un pie... de imprenta y que el *Diccionario* tenía otro; en efecto, ambos no estaban descalzos, y tenían, además, sus calcetines correspondientes.

»Uno de los calcetines lo destiné a la cocina para colar el café, y el otro lo guardé para los días de fiesta, pues en aquella soledad salvaje era mucho lujo llevar un par de calcetines.

»Completamente destrozado, y ya sin fuerzas, un día vi a lo lejos las velas de un navío; quise hacerle señas pudorosas utilizando mi destrozada ropa, y me puse a mover arrebatadamente la camisa; en esto siento caer la muestra de la chavola, y veo

un siete en mi camisa; lo comprendí todo: creyendo aquello cosa de juego, el siete había quitado la muestra.

»Claro que la volví a poner en su sitio; y mientras la clavaba con un pez martillo que se me ofreció galantemente, el barco se perdió en el horizonte.

CAPÍTULO XXIII

Fin de las aventuras del capitán Proto.

»Una mañana, cuando más tranquilo estaba mirando por las gafas de la ventana, vi pasar a lo largo una cosa que, al parecer, bajaba del cielo; me lancé fuera, y mis ojos contemplaron la cosa más original que puede ver persona humana. ¡Figuraos que, descendiendo de un aeróstato, se presentaba ante mi vista una persona! Pero no os podéis figurar quién era esa persona, aunque os volváis locos! Nada menos que el cobrador del impuesto de inquilinato.

»Yo, como es natural, me alegré, valga la expresión, porque veía a una persona relativamente humana; pero cuando supe que pedía el atrasado trimestre, me dieron ganas de volverme a España para aclarar aquello y de paso hacerme ropa.

»Para hacer efectivo el pago, cogí una hoja del talonario y extendí el cheque por valor del recibo, indicándole el deseo de llevarle yo mismo al cobro; pero me dijo que en el aeróstato no podía ir más que él solo. Cuando llegara a España, me aseguró indicaría mi situación geográfica, aunque yo le indiqué que no dejara de relatar también mi situación deplorable.

»Partió con mi cheque balanceándose el aeróstato majestuosamente en el espacio... que aun le faltaba para llegar a España.

»Traté de entretener mis ocios buscando en el *Diccionario* palabras raras, para cuando tornara de mi expedición enjaretarles un discurso a mis asombrados vecinos de la calle del Espejo; esto me entretenía, pero no sacaba nada en limpio; hallaba una palabra rara que nadie sabía, y su sinónima tenía el nombre de una tercera, cuyo significado era siempre el mismo de la primera. Sin embargo, enjareté una sencilla y elegante alocución para el día de mi llegada.

»Este momento tan deseado no tardó en presentarse a la vista: venía en forma de crucero, pues había tenido que cruzar todo el mar, y con tal oportunidad llegó ante mi islote, que no sólo salvó todos los peligros de que estaba erizado, sino a mí, que estaba aún más erizado que el mar.

»Mi viaje fué feliz; cuando pisé el suelo patrio, mis lágrimas, contenidas largo tiempo (pues como nadie podía verlas en el islote, no lloré), brotaron a raudales inundando mi corazón (por poco no naufragó otra vez); de tal manera invadieron mi ser, que llegando el líquido a mi cerebro, destruyó el magno ajuar de mi biblioteca, y al ser saludado por mis amigos, sólo encontré frases vulgares que decir-

les, después de las consabidas *buenas tardes*: que venía de darme un paseo por El Pardo, cosa que no dudaron cuando vieron el color de aceituna que traía.»

El capitán Proto dió por terminadas sus maravillosas aventuras, según él, y como tenían bastante que hacer para preparar la huida, se acostaron aquella noche antes de lo acostumbrado.

Mientras tanto la marinería no descansaba creyéndose ya dueña del submarino, pues la prolongada ausencia de Norton, Nettel y Desnancer les auguraba su natural fallecimiento en algún paraje ignorado para ellos y para nosotros. Decididos, empezaron su reconstrucción: vieron que la hélice marchaba a maravilla, y que las alas se plegaban bien; por tanto, lo único que faltaba para hacerse a la mar era el cristal, convertido en novecientos cincuenta y nueve pedazos el día de la caída (1).

— ¿Cómo compondremos esto? — dijo el que desde este momento se hacía jefe de la marinería.

— ¡Con pegamín! — exclamó uno.

— ¡Con goma gutal! — dijo otro.

— ¡Com... poniéndolo! — añadió un tercero.

— Señores — dijo el que hacía de jefe —, esto se compondrá fácilmente: hagamos un hueco en el suelo, del tamaño del lente; después fundiremos los trozos del cristal, y líquido éste, lo echaremos sobre el molde; así, una vez frío este líquido, obtendremos el cristal primitivo.

— Pero para eso debemos encender varias hogueras a la vez, pues el cristal se enfría en seguida y no podremos formar una masa uniforme.

— Señores, el problema es sencillísimo: empecemos nuestra labor al mediodía, y hasta que no llegue la noche no habrá temor de que se enfríe el líquido de cuarzo.

Se trazó el agujero (las medidas eran matemáticas), se midió la altura del grueso del cristal, y al día siguiente, preparados todos los trozos y algunas botellas viejas por si faltaba alguno, se dedicaron a la delicada operación de *refundir los trozos escogidos* con pulcritud suma, para que no llevaran restos de objetos extraños.

Los momentos eran emocionantes: el que no haya tenido que fundir un grueso cristal en su vida, no puede comprender lo que se sufre, temiendo de un momento a otro que el caldo se corte, o que, por efecto de cuerpos extraños, resulte poco límpido.

Un enorme ir y venir con cafeteras, cacharros y todo género de recipientes compensó la labor de aquella trabajadora gente. El líquido llegaba al borde; el cristal se cuajaba; la tarde caía, y todos alrededor, conteniendo la respiración para no empañarle con el aliento, veían poco a poco cristalizarse su idea.

Pero de pronto, de donde menos se esperaba saltó un animal pequeño, de alas oblongas y pelo lacio y castaño, el cual,

(1) La diferencia en el número de pedazos se explica, dado lo difícil de saber su número exacto el día de la rotura.

cayendo sobre el molde, se hundió en la masa cristalina, mientras su peluda cabeza sobresalía en la superficie.

— Mal agüero — dijo uno de los marineros —; el martín cazador nos acompañará siempre, es decir, la desgracia será nuestra compañera de viaje.

Y cual si el pájaro quisiera demostrar la verdad de estas plabras, se puso a chillar lastimosamente.

— Le mataremos — dijeron unos.

— No — exclamaron otros.

— Se partiría el cristal otra vez, y no acabaríamos nunca; así, que lo que debemos hacer es alimentarle para que viva y se haga nuestro compañero de viaje.

A la mañana siguiente, cuando la clara luz de la aurora iluminaba todo, se procedió a la colocación del vidrio, y, ya en su sitio, se celebró una verbena. Sacaron la pianola al campo, se encendieron los ánimos, después se alumbraron con cerveza, y, por último, contentos y satisfechos de su obra, se quedaron dormidos por la pradera. Unos roncaban, otros no sabían roncar; pero esto no influyó en nada para que se presentaran en la playa el capitán Norton, Desnancer, Nettel, el capitán Proto y la italiana, llenos de la alegría que es de suponer, y se abrazaran todos en el colmo del entusiasmo; por cierto que la que más abrazos se llevó fué la italiana.

CAPÍTULO XXIV

Partida de la isla.

Amaneció; el Sol alegró la Naturaleza, y la Naturaleza alegró a los viajeros, los cuales, decididos a no sufrir más penalidades, partieron de la isla de Santa Lucía de los Galapagos.

Libres ya de nuevo en el claro celaje de la atmósfera, se sentían orgullosos de respirar el aire puro y embalsamado del ambiente; todos sobre la parte alta del submarino contemplaban la grandiosidad del mar, haciendo todo género de alabanzas al Sumo Hacedor por su sorprendente idea de poner las aguas en el mar y la atmósfera en el aire.

El capitán Proto escuchaba atentamente el rumor de las olas, cuando, enfocando sus gemelos al horizonte, exclamó la famosa palabra salvadora:

— ¡Tierra!

Todos volvieron la cabeza, es decir, todos no, pues algunos que ya miraban hacia ese lado, se evitaron esa molestia fácilmente.

A lo lejos se veía una inmensa montaña, de la cual salía un chorro de sutil humo.

— Aquello debe de ser el pico de Teide — dijo Desnancer.

— Sí — exclamó Nettel —, a juzgar por lo próximos que estamos de España.

— Creo — dijo el capitán Norton — que ese pico no es tal pico; lo que parece es un volcán próximo a extinguirse, dado el poco vapor que arroja de su cráter.

(Se concluirá.)

VERDADERA GANGA

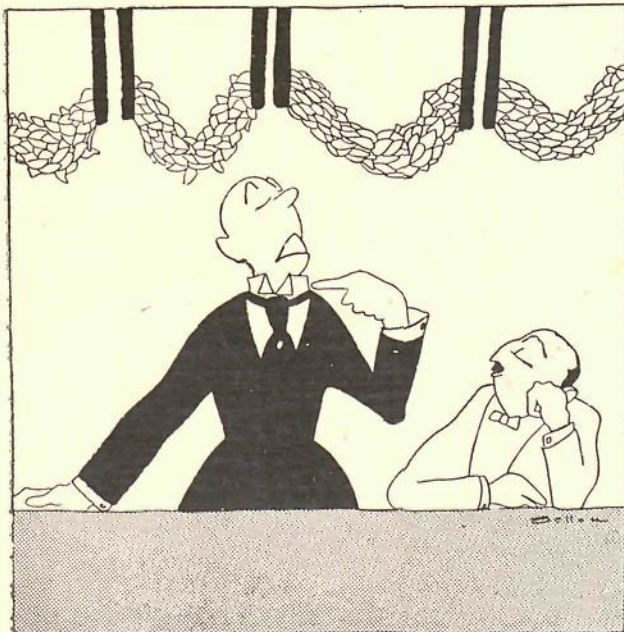
«Al señor de Casáls (Don Eugenio).
Admirado y amable señor:
Cuando usted a Fuencarral hincó el diente,
¡qué vuelco más grande me dió el corazón!
Aquel día yo vi el cielo abierto,
pues me dije en seguida: «¡Rediez!
Don Eugenio es muy buena persona...
¡Qué bien y qué pronto nos va a proteger.»
Yo soy madre, según malas lenguas,
de una niña como un serafín,
que se llama Canuta Rodríguez
y canta más recio que un guardia civil.
Sin embargo de ser extremeña,
es movable, resuelta y audaz,
y se asusta de verse en las tablas
igual que se asusta Cambó de viajar.
Tiene ya un repertorio estupendo,
y hace a pluma y a pelo muy bien,
pues lo mismo se carga *El Tenorio*,
que *El conde*, *La viuda*, *La Tosca* y *El rey*.
En belleza y en tipo no hay otra
que a Canuta se pueda igualar.
¡Qué nariz! ¡Qué caderas! ¡Qué ojazos!
¡Qué piernas tan gordas! ¡Qué monte de sall!
Por delante mi niña es canela,
y, además, si algún día la ve
cómo está por detrás, de seguro
que siente usted ganas de darle un papel.

Aunque quiere imitar a la Rossi,
pues le gusta de un modo brutal,
es mi niña una especie de Ossorio
y en traje de chico no puede pasar.
Dirá usted (porque sabe librarse
de los golpes de sable muy bien)
que no hay Dios que ya quepa en la lista.
¡Menudas tabarras le damos a usted!...
Uno quiere ingresar de traspunte,
otro quiere tocar el fagot,
una tiple segunda le pide
seis duros y un queso por cada función...,
y otros mil compromisos le cercan...
Mas mi niña trabaja por diez,
y se baila seis tangos lo mismo
que bebo yo media copita de ojén.
Conque no digo más. Yo le juro
que Canuta le habrá de servir.
Haga usted *El chiquillo* con ella,
¡verá si es artista que da o no de sí!
¡Ay, señor don Eugenio! ¡Por Cristo!
Ya que el jefe es usted en Fuencarral,
meta usted a Canuta en su *colí*,
¡verá usted a la gente qué gusto le da!
Y perdóneme usted. Y en su casa,
Belén, dos, principal, sepa usted
que, en unión de la pobre Canuta,
le espera sentada

TORIBIA CREPÉ.»

Por la publicación,

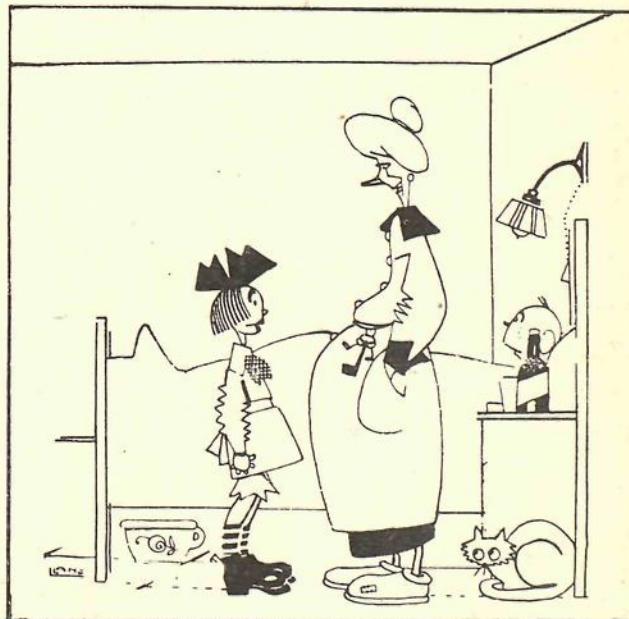
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



DISCURSO

Dib. BELLÓN. — Madrid.

— ¡Estoy verdaderamente emocionado!... ¡Siento aquí un nudo!...



Dib. LLANO. — Madrid.

— ¿Se ha incomodado el médico con papá?
— ¿Por qué lo preguntas, hija?
— ¡Como le ha mandado hacer gárgaras!...

DEL BUEN HUMOR AJENO

LOS MUCHACHOS, por Antón Chejov. ==

— ¡Ha venido Volodia! — gritó alguien abajo, en el patio.

— ¡Ha venido Volodia! — repitió Natacha, la criada, entrando en el comedor.

— ¡Ya está aquí!...

Toda la familia Korolev, que esperaba la llegada de un momento a otro, se asomó corriendo a las ventanas.

Volodia estaba ya en el vestíbulo y hacía esfuerzos por quitarse su bufanda de viaje. Su gorra del colegio, su abrigo, sus chanclos y sus cabellos estaban llenos de nieve.

Sus padres le estrecharon en sus brazos.

— ¡Por fin, hijo mío!... ¿Qué tal el viaje?...

— Te esperábamos ayer — decía el padre —. ¿Cómo has llegado?

Hubo algunos momentos de general revuelo.

Luego, los Korolev se dieron cuenta de que, además de Volodia, había llegado también un colegial, cubierto asimismo de nieve.

— ¿Quién es ése? — preguntó la madre por lo bajo.

— Es mi compañero Chechevitzin, de segundo año. Le he convidado a pasar con nosotros las fiestas de Navidad.

— ¡Muy bien!... ¡Qué sea bienvenido! — dijo el padre —. Natacha, ayuda al señor Chechevitzin a quitarse el abrigo y la bufanda.

Pasaron todos al comedor. Las tres hermanas de Volodia — Katia, Sonia y Macha, la mayor de once años —, no quitaban ojo al compañero de su hermano. Este era de la misma edad y estatura de Volodia, pero más moreno y más delgado. Tenía la cara cubierta de pecas, el cabello crespo, los ojos pequeños y los labios gruesos. Era muy serio.

Volodia, siempre tan alegre, estaba muy serio tam-

bién. Sólo dirigió la palabra a sus hermanas para decirles:

— En California se bebe *gin* en lugar de té.

Los dos muchachos no manifestaron interés alguno por el árbol de Navidad. Se sentaron al lado de la ventana y se pusieron a hablar por lo bajo, y después, abriendo un atlas geográfico empezaron a examinar uno de los mapas.

— Primero a Perm — decía Chechevitzin —, de allí a Tumen..., luego a Tomsk..., después..., espera..., eso es: de Tomsk a Kamchatka... En Kamchatka embarcaremos en canoa y atravesaremos el estrecho de Bering. Ya estamos en América. Allí hay muchas fieras.

— ¿Y California? — preguntó Volodia.

— California está mucho más al Sur. Ya en América, está muy cerca. Para poder vivir allí tendremos que dedicarnos a cazar y a robar.



Dib. DOLFOS. — Madrid.

— ¡A cuarenta el frasco de quina!... ¡A treinta la pastilla de jabón!...

— ¿Por qué es más barato el jabón?

— Porque es más malo que la quina.

Chechevitzin se mantenía distanciado de las muchachas. Sólo a la hora de merendar, como estaba al lado de Katia, se dignó dirigirle la palabra.

— ¿Ha leído usted a Mayne Reid?

— No... ¿Sabe usted patinar?

Chechevitzin no contestó a esta pregunta. Luego exclamó:

— No hay nada tan terrible como el paso de una manada de antílopes. La tierra tiembla bajo sus pies. — Luego añadió —. Los indios atacan con frecuencia los trenes. También son temibles los tertímidos y los mosquitos.

— ¿Y qué es eso?

— Una especie de mosquitos con alas. Muerden y dejan veneno. ¿Usted sabe quién soy yo?

— Chechevitzin.

— No, señorita. Yo soy Montigomo *Garra de buitres*, jefe de los invencibles.

Las niñas les tuvieron terror desde entonces. Al escuchar detrás de las puertas supieron que los chicos estaban decididos a huir a América para buscar oro. Tenían preparado todo para emprender el viaje: un revólver, dos cuchillos, galletas, una lente para encender fuego, una brújula y cuatro rublos. Chechevitzin llamaba a Volodia «mi hermano rostro pálido», y Volodia llamaba al otro «Montigomo *Garra de buitres*, jefe de los invencibles».

— No hay que decirle nada a mamá — decía Katia al oído de Sonia. Volodia nos traerá mucho oro y marfil, y si se lo dices a mamá, no le dejarán ir a América.

La Nochebuena estuvo Chechevitzin mirando al mapa de Asia y tomando notas. Volodia estaba cabizbajo y tristón. Al abrazar a su madre para ir a acostarse, se echó a llorar. Sus hermanas comprendieron el motivo de su emoción, y por la mañana muy temprano se pusieron a escuchar en la puerta.

Volodia lloraba y Chechevitzin decía:

— Vamos, ¿no quieres venir?
— No quiero separarme de mamá.
— ¡Hermano rostro pálido, debemos partir! Me habías prometido ir conmigo, y te da miedo. Eso está mal, hermano rostro pálido.
— No me da miedo; pero ¿qué va a ser de mamá?
— Bueno; ¿vienes o no?
— Me iría..., pero podemos esperar unos días...
— Me iré solo. Me pasaré sin tu ayuda. ¡No quieres cazar tigres ni luchar contra los salvajes!... ¡Dame los cuchillos y el revólver!

Volodia se echó a llorar nuevamente.

— Me voy contigo — dijo al fin.
— Bueno; vístete.
Para dar ánimos a Volodia, su amigo se puso a imitar los rugidos de los tigres y el ruido de los barcos, y prometió darle todo el marfil y todas las pieles de los tigres y los leones que matase.
A la hora de comer se notó la falta de los muchachos. Los buscaron por todas partes sin encontrarlos. Los buscaron por la noche, con linternas, por las orillas del río. En la casa reinaba gran agitación.
Al día siguiente llegaron con un

oficial de la Policía. Habían sido detenidos en la ciudad próxima, cuando preguntaban por la calle donde podrían comprar pólvora.

Volodia cayó enfermo en la cama. Llegó la madre de Chechevitzin, avisada por telégrafo, y aquella misma tarde partió llevándose a su hijo.

El chico se mantuvo tranquilo y orgulloso. Al despedirse no dijo palabra; pero cogió el cuaderno de Katia y escribió, como recuerdo, su firma:

«Montigomo Garra de buitres, jefe de los invencibles.»

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

A. T. — Su cuento, fuera de ser tontillo, tiene bastantes detalles de un mal gusto considerable que le hacen totalmente inadmisibles.

J. M. G. Madrid. — Como su primer cuento no ha tenido al fin salida, envíenos otra cosa que sea también mejor que el último. Lo que en ese cuento le pasa al protagonista le está muy bien empleado, por recitarle a la novia versos malos, en el Retiro, a la hora del crepúsculo.

Tarugo. — Agradeceremos a nuestros ilustres colaboradores espontáneos que se sirvan poner la población de su residencia, por si coincidieran sus iniciales o su seudónimo con otro. En este caso precisamente..., ¡hay tantos tarugos en el mundo!

J. B. Barcelona. — Sí, señor. Aquí se paga todo lo que se publica. Al que no se le haya pagado que alce el dedo. Vengan, vengan esos veinticinco o treinta artículos, a ver si están mejor que los anteriores. Es usted muy digno de nuestra aprobación; pero hay que demostrarlo al público. Sí; sirven los cupones atrasados. El autor por quien pregunta no ha vuelto a enviarnos nada. Debe de estar muy solicitado. De los demás podemos darle toda clase de detalles íntimos, y hasta un trocito de pelo. Qué, ¿cuándo nos escribe usted eso?

Grano. Madrid. — Sí, mi amigo. Esta vez lleva usted razón. Ha sido una pequeña pifia. ¡Cualquiera se descuida con usted! ¡Vaya un grano que nos ha salido!

A. F. G. Málaga. — ¿Lo quie-

re usted sin eufemismos? ¡Cada vez está peor! ¡Con lo poco que nos gusta decir las cosas claras!...

J. H. M. Salamanca. — ¡Por cosas menos infames hay mucha gente en presidio! Bastante. Madrid. — ¡Bastante..., bastante mal.

Chucho. Sevilla. — Sí, señor. Lleva usted razón. El artículo publicado en el número cuarto de *Mundial*, con la firma de Fernando Luque, coincide de una manera alarmante con otro de Eça de Queiroz: «La distancia y las leyes de la emoción»,

de *La decadencia de la risa*. Sí; publicaremos la noticia de todas las coincidencias que nos envíe. ¡Bien, chucho, eso es tener olfato!

Sinapismo. Madrid. — El cuento es malillo. La caricatura es malilla. El pie ya no es malillo, pero sí original de Jules Moy y Max Viterbo, y publicado en uno de nuestros números anteriores. ¡Vaya aprovechamiento!

M. L. Zaragoza. — Aceptado; mande el nombre escrito con claridad.

A. B. Segovia. — ¡Qué duda cabel Usted puede llegar a dibujar en BUEN HUMOR. Ahora que, de aquí a entonces, suponemos que ha de llover un poco, si no se enmienda usted.

A. R. Madrid. — Merecería usted que no se lo publicásemos, sólo por escribirlo en esas cuartillas, ¡ay!, de papel transparente.

J. L. Avila. — Hemos creído ver algo en su artículo. Depúrese, que puede usted hacer algo.
J. V. y G. Madrid. — C. E. de I. — ¡Para qué vamos a andar con rodeos!... ¡Si de todos modos vamos a decir que no nos gusta, al fin y al cabo!

P. C. Madrid. — Este no nos gusta. El otro se publicará cuando le llegue su turno.

Chirimoyo. — Mande cuarenta céntimos en sellos de Correos y se le enviará. Dibujando está usted muy verde todavía, Chirimoyo.

J. Q. Madrid. — Están bien; pero no tienen gracia.

Trikal. Madrid. — ¡Hombre! ¡A estas alturas salirse con ese chistecito!...

Germán Juste. Madrid. — Es usted la frescura personificada. Los tres dibujos que nos manda son calcados (mal calcados, además) de las ilustraciones que puso Fresno a *El orgullo de Al-*



Dib. CASTEIG. — Alicante.

— ¿Te molesta que venga mamá detrás?... ¡Ten paciencia hasta que encontremos señora de compañía!

— Pues mira, no busques más. Yo creo que esta pobre mujer, vistiéndola bien, podría servirnos perfectamente...

bacete, publicado por *La Novela Cómica*. ¿Es de usted otro dibujo que hemos recibido, sin firma y calcado también de *Fresno* y también de *La Novela Cómica*, dedicado a *La verbena de la Paloma*? ¿No?... ¡Pues también es de cuidado este otro señor!...

Karcamal. — No, señor *Karcamuymal*.
Tin. — *J. L. G.* — *Pérez T.* — *Molorizallón*. — *B. Ll.* — *Pi erre dos*. — *Aras*. — *Uno. Burgos*. — *J. J. Sevilla*. — *Rafael G. Careta*. — *K. Melo*. — *Tal*. — *Ambr-ulio. Un jurdano*. — *J. C. G.* — *Marte*. — *Rei. F. V. y G.* — *A. Martínez*. — *J. R. (?)*. — *P. P. Madrid*. — *M. C. Valdelatas*. — *Cachondo*. (¡Buenol!). — *A. G. R.* — *El Señor de Bombibre*. — *Paco*. — *J. M.* — No sirve.
Boca Rana. Alcázar de San Juan (cambio de tren). — Es usted más poeta que Cienhigos; mucho más. *Voilà*:

«Me gustaría ver por el espacio un oso, cantando el *Ven y ven* con acento armonioso.

«Un piano amoroso tras de una pianola, haciéndole la rueda en medio de una ola.»

Y en *Cosas de mi pueblo*:

«De diversiones no hablemos nada: tiene un Casino que no es bobada.

«Si es en invierno, de frío tiritó; y si es verano, me quedo frito.»

¡Déjese de tonterías!... En su pueblo lo que hay son unas tortas que quitan la cabeza. ¡Pero poetas!...

A. H. Melilla. — ¿Lo hace usted en serio, o es sólo por gastarnos una bromita? Porque, ¡vamos!, a cualquiera que se le diga...

«FÁBULA-EPIGRAMA

«Un señor muy cariñoso, de comer dió a un perro hambriento. Marchóse el perro muy contento, satisfecha su hambre, y muy lloroso el pobre señor, al conocer su yerro, dijo, de sabiduría lleno: «El que da pan a perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro.»

Si lo ha hecho usted en serio, tiene mucha gracia.

Un aspirante a colaborador. Valladolid. — Por nosotros, no hay inconveniente; pero tiene usted que enmendarse mucho, buscarse un asunto menos gastado y no escribir *conserbarlo*, que suena muy mal. También escribe usted *arquitrave*, falta que nos recuerda el cuento atribuido a Felipe II, sucedido, si sucedió, durante las obras de El Escorial. Si lo conoce usted, saque de él la consecuencia.

J. B. Barcelona. — Este artículo desmerece mucho del anterior. Esta difuso y carece de interés. Esperamos que usted ha de resarcirse de estos revolconitos y hacer algo mejor, porque no le faltan condiciones. Esperamos cosas nuevas y la carta prometida. Puede usted dirigírmela particularmente. ¿Van los dos duros?

Clodoaldo. Madrid. — Envíenos otra cosa, a ver si está mejor.

Cachito. San Sebastián. — Es usted muy malo.

Pérez. Madrid. — Usted no es Pérez; usted es un... atrevido. Eso resulta muy verde, dada la índole de este semanario.

A. V. S. Avila. — ¿Sí?... Pues no vale.

Clásicos del siglo XIX.

La esperma trocada en sebo, sin saber cuándo ni cómo, me ha puesto este fraque nuevo lo mismo que un eccehomo.

CAMPRODÓN.

✂ ✂ ✂

Tras seis baños consecuentes, el aire me presta alivio; el ser animal anfibio tiene sus inconvenientes.

JACKSON VEYAN.

✂ ✂ ✂

Qué desgraciada nací hasta que te conocí. ¡Ay de mí!...

MIGUEL ECHEGARAY.

Concurso de pasatiempos del mes de julio.

Las soluciones a los pasatiempos publicados en nuestro semanario durante el mes de julio son las siguientes:

Núm. 1. — *Viaje de propaganda electoral.*

Núm. 2. — *Caviloso.*

Núm. 3. — *El terciopelo ni roza ni mancha.*

Núm. 4. — *Antes que nada, notario.*

Núm. 5. —

«*El pepino que me diste junto al chorro de la fuente, como era un pepino duro, no le pude hincar el diente.*»

Núm. 6. — *Elefantes.*

Núm. 7. — *Un mal jinete.*

Núm. 8. — *Albatros.*

Núm. 9. — *Pagar a tocateja.*

Núm. 10. — *Antes se coge a un embustero que a un cojo.*

Núm. 11. — *Solomillo de mula.*

- Núm. 12. — *Bronca en el cinco.*
 Núm. 13. — *Carretera real arriba* — *Carretera real abajo.*
 Núm. 14. — *Hacer un feo a una dama.*
 Núm. 15. — *Dos pares de las cortas y un par de las largas.*
 Núm. 16. — *El santo de la Isidra.*
 Núm. 17. — *Mojama.*
 Núm. 18. — *Adán y Eva en el Paraíso.*
 Núm. 19. — *Señalar.*
 Núm. 20. — *Maestoso.*
 Núm. 21. — *¡Al fin solos!*
 Núm. 22. — *Entregamos las llaves.*
 Núm. 23. — *Separatista.*
 Núm. 24. — *Lacónico.*
 Núm. 25. — *Nonato.*
 Núm. 26. — *Jarrapellejos.*
 Núm. 27. — *Tirar un pingüi.*
 Núm. 28. — *Timorata.*

Como por la huelga de Correos no era posible que los pierdetiem-pistas de provincias pudieran enviarnos las soluciones en la fecha fijada, hemos prorrogado el plazo de admisión hasta ayer sábado, en que celebramos el sorteo. Pero como el presente número ha entrado en máquina antes de celebrarse éste, publicaremos los nombres de los agraciados con los premios en nuestro número 39, correspondiente al 27 del actual.

Ahora bien: el sorteo de la lotería se celebrará mañana 21. Es decir, que nosotros daremos los nombres de los solucionistas premiados después de saberse oficialmente el resultado del sorteo.

Si la suerte nos fuera propicia, tendríamos en nuestra Administración, a disposición de los favorecidos, las pesetas correspondientes a los premios, y en el caso contrario, el desgraciado billete, que puede servirles como recuerdo, una vez colocado en un marco.

Para garantía de nuestra seriedad hacemos constar que, tanto el billete que constituye el primer premio como el medio billete correspondiente al segundo, son del número 19.380.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará la sección de Correspondencia para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



En un hospital militar

Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

- ¿Qué tienes tú?
- Debe de ser neurastenia.
- No digas sandeces. Esa enfermedad sólo la pueden tener los oficiales.